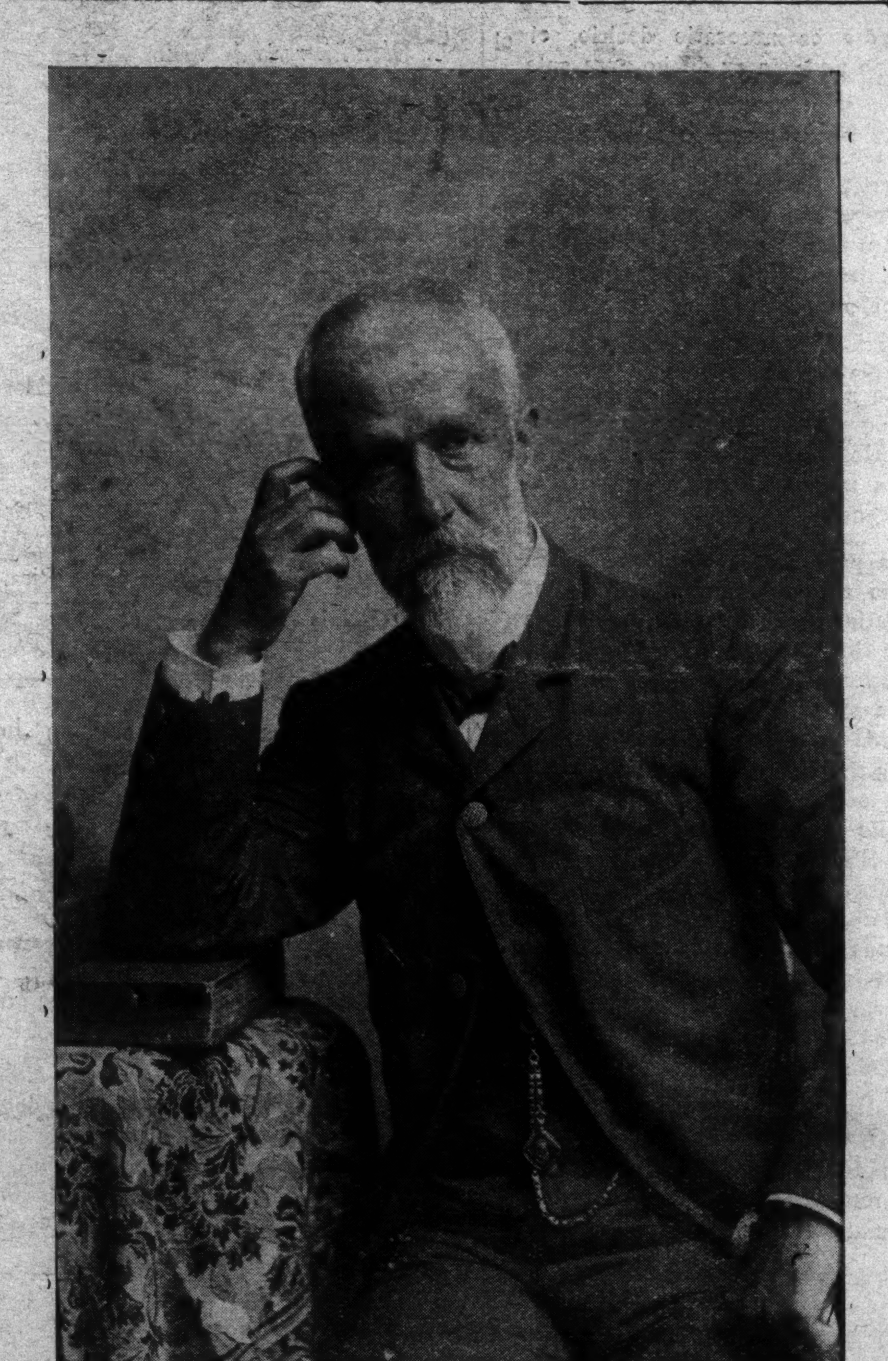
REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXXV | San José, Costa Rica **1938** Sábado 30 de Abril | Núm. 16

Año XIX — No. 848

SUMARIO



Mauro Fernández

(19, diciembre, 1843 - 16, julio, 1905)

Fué su carácter de un valor moral admirable. Pero tal vez entre los dones espirituales y las virtudes que le adornaban, se destaca en primer término el *self goverment*, o sea el dominio de sus propios actos, principio de conducta que él puso en práctica desde su más temprana edad. Y cuando le tocó manejar la cosa pública, como todo gran pensador y filósofo que se preocupa por la reforma y el mejoramiento del ambiente que le rodea, él ambicionó dotar al Estado, en la rama de la Enseñanza Pública, con las mismas cualidades inherentes al individuo y que se esforzó en desenvolver en su vida privada.

(De Doña María Fernández de Tinoco, escritora, hija del prócer. En los *Anales del Liceo de Costa Rica*, 3º y 4º trimestres de 1937).

Mauro Fernández, pensador

Por R. BRENES MESEN

= Del folleto *Inauguración del Edificio* MAURO FERNANDEZ. San Jose de Costa Rica, 15 de setiembre de 1909 =

Atraído a la vecindad de este hombre ilustre por una secreta afinidad en nuestros estudios filosóficos, en más de una ocasión tuve la oportunidad de penetrar en la densa espesura de su pensamiento filosófico.

Se sabía por todos sus amigos que con igual ardor estudiaba la Economía Política como la Penología, la Historia como la Filología, la Educación como la Estadística, la Física como la Biología; se le veía entretenerse en una revista de arte después de haber hojeado otra de finanzas; pero todo esto se atribuía a una mera curiosidad del espíritu y se decía de él que poseía una inteligencia amplia y simpática. Muy pocos conocían la verdadera causa. Don Mauro ha sido uno de nuestros más vigorosos pensadores y en los últimos años de su vida meditaba una obra de filósofo sobre la Sociología. Se proponía una discusión general de los Principios. Afirmaba que muchas de sus conclusiones son prematuras porque esta Ciencia carece de experimentación y la Historia sólo en los últimos tiempos ha querido mirar el vasto conjunto de los pueblos en su completa evolución.

Hombre de entendimiento robusto no se amedrentaba de mirar cara a cara las consecuencias más o menos revolucionarias de sus proyectos. Sostenía que cada nación, hallándose obligada por los lazos de solidaridad humana a contribuir a la felicidad del concierto total de las naciones, debía estudiar íntimamente sus instituciones y ajustarlas a las necesidades superiores de cada uno de los pueblos, sin preocuparse por hacer lo que otros hicieran, y simplemente porque ellos lo hacían.

La Ley de Educación Común que lleva su nombre ha sido el impulso mayor dado a nuestra nacionalidad en la dirección de un desarrollo evolutivo hacia la tolerancia y la libertad.

Y había concebido otra ley social de un vasto alcance, que habría constituido la más fecunda revolución de nuestro tiempo y que expondré con todos sus argumentos en más propicia ocasión.

Al erigir el bello monumento con que nuestra sociedad resolvió conmemorar su noble labor de otros días, ha querido que el retrato de este pensador esté a la vista de las jóvenes generaciones que pasen por esa escuela. Esa augusta frente de marfil estará diciendo siempre:

"Niños, habéis venido aquí para contemplar la revelación de los secretos de la Naturaleza; pero también, y sobre todo, habéis venido aquí para pensar. Toda la fuerza y toda la grandeza de un hombre están en la dirección que a la voluntad imprima el pensamiento. Sed pensadores, hijos míos".

Anexos de la enseñanza obligatoria

Por B. SANIN CANO

= De *El Tiempo*. Bogotá, mayo 30 de 1938 =

La agitación estudiantil ha cesado sin graves consecuencias. A pesar de su extensión y del estrépito con que se acompañaron algunas de sus manifestaciones, los resultados han sido de poca trascendencia fuera del escenario meramente político, porque en realidad no se trataba de un problema seriamente vinculado a los destinos de la nación. No carecen de importancia la segunda enseñanza y la universitaria en Colombia; pero es indudable que entre nosotros el problema fundamental en materia de educación es la enseñanza primaria. Los niños de siete a doce años no se organizan, no se lanzan a las calles en forma de amenaza pública, carecen de oradores y apenas en forma instintiva los une el espíritu de asociación. A tiempo que los aspirantes a universitarios abandonan las aulas para hacer valer sus derechos, diez mil analfabetas en la sola capital de la república piden que se abran nuevas salas de clase, nuevas escuelas para prepararse a gozar de los suyos. Esta demanda plantea para el partido de gobierno uno de sus más agudos problemas y la más exigente de sus obligaciones. No es tolerable que a los ocho años de administración liberal haya todavía extensas y pobladas regiones del país donde un cincuenta por ciento de la población no sabe leer ni escribir.

Un ministro de instrucción pública en una de las postreras administraciones del pasado régimen se oponía en el congreso a la institución de la enseñanza obligatoria como ley del Estado, diciendo que no era posible obligar a los padres de familia a mandar sus hijos a la escuela, cuando los locales destinados a este laudable fin eran focos de infección. Ese ministro razonaba con lógica en la apariencia; porque, en verdad, no se le puede exigir al pobre de familia que sacrifique a sus hijos sino para atender inmediatamente a la defensa nacional. Pero el funcionario faltaba a la ley de consecuencia por cuanto trataba de ignorar que en cuarenta años los gobiernos de su casta no habían logrado levantar edificios dignos de la nación y propios para la educación física e intelectual de los párvulos.

Cuando se habla de enseñanza obligatoria los deberes del Estado no se limitan a procurar locales cumplidamente extensos e higiénicos y a distribuir ciertas nociones. En un claro y nítido resumen del desarrollo cultural en su patria, leído por el ministro de la República Argentina el 25 de mayo, hizo el conferenciante hincapié en la circunstancia de que los organizadores de la educación en aquel país, consideraron que el deber de ofrecer locales saneados y enseñanza competente a los niños no era el único para un Estado que había impuesto la enseñanza obligatoria.

Cuando los padres no pueden vestir con decoro ni alimentar a sus hijos congruentemente, el Estado creador de la enseñanza obligatoria debe asumir la obra de alimentar y vestir a los desposeídos, como viste y alimenta a los soldados, allí donde el servicio militar es obligatorio. El vestido decente acostumbra al niño a cultivar el sentido de la dignidad personal frente a sus camaradas.

Es penoso, pero es necesario decirlo, el partido de gobierno tiene en su débito para ante la historia la omisión de atender a la educación de la niñez de acuerdo con los cánones de su causa. En ocho años no ha sido posible edificar los locales requeridos por la necesidad instruccionista. Sin contar con que muchos distritos tienen sus locales construídos dentro de la escrupulosa administración de sus recursos. La ciudad de Rionegro en Antioquía tiene desde hace casi un siglo locales espaciosos para escuelas elementales y para colegio de segunda enseñaza y acaso no hay población importante de aquella sección de Colombia que no pueda ufanarse de tenerlos. En tanto la capital de la república está en mora de cumplir la cardinal obligación para con los hombres del futuro.

La indiferencia para con la enseñanza se ha considerado como actitud característica de los partidos retardatarios. Sea fundada o meramente imaginativa esta imputación, lo cierto viene siendo que la general ignorancia no es garantía de estabilidad para los gobienos reaccionarios. La historia enseña lo contrario. La revolución que dió en tierra con la monarquía portuguesa en 1910 contaba con el peso irresistible de un noventa por ciento de analfabetas en la población del país. El zarismo se hundió en su propia ineptitud porque sus enemigos tenían fe en un índice de analfabetas igual al de la monarquía lusitana. La revolución pacífica de España en 1931 se cumplió en un país de sesenta y cinco por ciento de analfabetas. Puede preguntarse qué hacían entretanto, las Universidades de Coimbra, de Kazán y de Salamanca. A las viejas democracias las ha salvado de sí mismas la educación de las masas.

Importa, además, tener presente que todo gobierno se hace retardatario con el tiempo, especialmente en materias fiscales y de enseñanzas. Como organismo, como todo organismo, los gobiernos tienden a fijarse y se resisten a la transformación. Pero las especies que no se modifican al cambiar el medio físico, tienden natural y necesariamente a la existencia.

Es deber primordial de la prensa, donde es libre como entre nosotros, atender sin descanso, con su movilidad y vigilancia intrínsecas, a mantener al Estado en situación continua de fluidez, para evitar los peligros de la cristalización.

El niño ante los grandes ejemplos

El niño imaginaba la aventura del motín y soñaba en un plan que lo sacase de su inacción, pero una secreta voz de cordura lo retenía. Volvía a sus libros. En las meditaciones repasaba los nombres de los propulsores de la causa que veía mas cerca de él. Estaban don José Miguel Infante en la tribuna del Consulado, y el general don Ramón Freire con su bergantín Flor del Mar *navegando hacia Arauco a levantar los indios, con las bodegas repletas de chaquiras y navajas. El verbo y la acción. Buscaba esos dos grandes ejemplos para inspirarse, pero, por su temperamento, se aproximaba más al que abolió la esclavitud. Contemplaba a Infante en el debate del Congreso, iluminado de expresión contra Portales, defendiendo a los que habían encanecido peleando por la patria, a quienes los pelucones daban de baja en las filas por haber hecho resistencia a la ascensión de ellos al poder. Veía en su ancha frente el símbolo de la justicia y en el fuego de sus ojos la luz acusadora.*

Se había escapado varias veces a oírlo, pegando sus orejas a la puerta del Consulado, cuando no lo dejaban entrar.

(Lo cuenta Zady Zañartu en su libro *Lastarria, el hombre solo*. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile. 1938).

Laotzé

Una interpretación

Por HENRI BOREL

= *Traducción y envío de* Elena Torres. México, D. F., 1937. =

CAPÍTULO II

Arte

(*Concluye el Capítulo II.* Veánse las entregas anteriores: *12* y *13*).

—¿Qué es el arte? Interrogué al ermitaño. Estábamos sentados a la sombra de una roca que sobresalía delante de nosotros, al frente se extendía el mar inmenso; en el horizonte el arrebol de la luz de la mañana doraba los barcos que navegaban deslizándose suavemente sobre el agua; las olas se rompían en blanca espuma y formaban en la orilla curvas luminosas aquí y allá; la nieve pura de los nublados se veía sobre las embarcaciones en el mar azul. La majestad de la naturaleza enmarcaba con su firmeza la marcha del progreso.

"Todo esto que estamos viendo, es tan natural como el mar, los pájaros, los nublados",— dijo el ermitaño. Yo no pienso que usted pueda encontrar todo esto difícil para inclinarse ante el sentido de Tao. Esta mañana hemos visto a nuestro derredor; tierra, nublados, atmósfera, todas estas cosas nos enseñan que la poesía ha existido desde que existen el cielo y la tierra. La belleza nació con ellos; el sol, la luna, el rosicler de la mañana, el rojo del crepúsculo que el atardecer ilumina el mundo cada día, son inagotables y excelentes, como son los cambios que se presentan en los grandes fenómenos naturales. No hay entre las flores del jardín colores capaces de opacar la vitalidad de los momentos en que hay colores en la madrugada o en el atardecer. No hay paleta que los contenga en su brillo glorioso.

"Todos los fenómenos del mundo nos traen un sonido cuando se establece el movimiento y a su vez, cada sonido implica un movimiento que lo causa. Los más grandes de todos los sonidos, son los del viento y las tempestades.

"¡Atienda a la corriente del aire que pasa sobre las rocas de la montaña! Tan pronto como hay movimiento se percibe el sonido:—alto o bajo; prolongado o breve, haciéndose oír a sí mismo; no de acuerdo con las leyes de la música que se aprenden, esto es verdad; pero de acuerdo con cierto ritmo y con cierto sistema. Son voces espontáneas del cielo y de la tierra, donde el fuego del espíritu prueba su brillo; entonces éste se mueve y da demasiado sonido que se convierte en frases legibles. ¿No es esta metamorfosis maravilloa que hace surgir las creaciones literarias y musicales?

—Entonces, maestro:—¿La poesía es el sonido del corazón?—Usted comprende lo natural que es esto!—La poesía es difícil que esté en todos los versos escritos, porque un gran poeta pertenece todo a la naturaleza. Pero por esa misma sencillez, él es estricto e inalterable en su expresión. Donde se mueve la primavera, fluyen el sonido y el poema; cualquier otro sonido, no es poesía, no es música.

La música y el verso llegan calmadamente, con su propia naturaleza—Wu Wei—pero no se generan por medio de artificios.

¡Hay muchos, cuántos! que por medio de movimientos artificiales fuerzan el sonido o forman un poema, pero éstos, no son ni músicos ni poetas; se asemejan a simios y a pericos.

Pocos son en el mundo los poetas y los músicos verdaderos. De sus composiciones fluye toda la poesía y toda la música legible: poderosa como el rugido de la corriente al chocar contra las rocas, como el estrépido del rayo cuando se desata la tormenta; suave como el rumor de una noche de lluvia, graciosa como el soplo de una noche de verano.

—¡Oiga con atención, oiga con atención el mar que se extiende a nuestros pies! ¿No está cantando una canción maravillosa? ¿No es demasiado poema? ¿No es música pura?... Vea cómo teje sus notas en incesante movilidad—una después de otra—una sobre otra—avanzando, avanzando hacia adelante, siempre distante, siempre nueva. Para aquellos que oyen su ritmo impetuoso es en vano buscar otra música.

—¡Ah! grande y demasiado sencillo tiene que ser un poeta—semejante al mar, como un impulso que procede de Tao. Tranquilo, pacífico, obediente como un niño, demasiado absorto.

Grande, grande es el océano; grande, grande es el poeta. Pero grande, inmenso es Tao que contiene todas las grandezas.

El maestro se quedó en silencio, atento al mar; me pareció que la música le penetraba. Reflexioné acerca de las palabras que oí de él, concernientes a Tao.

Temí que su filosofía, grande y altísima, pudiera significar la no existencia del artista y que al recibir yo, la dávida de su sabiduría, me incapacitara para sentir la inspiración del poeta y para extasiarme como un niño ante la pespectiva de la belleza. Pero—cerca de mí, el mismo ermitaño permanecía en actitud de éxtasis puro y casto, como si su pensamiento se detuviera por vez primera al ver el mar. Con brillo en los ojos, atendía reverentemente el ímpetu del tejido lleno de movimiento que formaba el oleaje.



Poetisa china

(Escultura en madera por Warre Wheelock)

—¿No es esto bello —dijo otra vez—¿No es bello este sonido que proviene de Tao, el insondable? Esta luz que viene de Tao, el obscuro, y la palabra musical, el poema nacido de Tao, el que no tiene palabras. ¿No vivimos nosotros en un misterio infinito? ¡Misterio que un día se resolverá dentro de la verdad absoluta! Largo tiempo me quedé en silencio. Pero esta sencillez fue demasiado difícil para ser comprendida por mí, y pregunté incierto.—¿Es realmente fácil hacer una canción o un poema? ¿Es fácil para nosotros poner en un verso, o en una frase musical la corriente que se desliza sobre las rocas? Esa preparación literaria, ese aprender a conocer las diferentes formas del verso ¿no es más que una acción voluntaria? y ¿qué es de la emoción involuntaria?

Mis preguntas no desconcertaron al maestro y me contestó inmediatamente:

—No se confunda. Todo depende de que un hombre tenga en sí mismo un verdadero manantial de donde fluye o no el verso. ¿Tiene este hombre de Tao el impulso puro, o el motivo de su afán es alguna otra cosa menos sencillamente bella? Si posee el manantial es un poeta,—si no lo posee, no es poeta.

En este momento es seguro que ya se ha dado cuenta y ha considerado desde un alto punto de vista, que todos los hombres son poetas en realidad. Le he dicho que existe en todos los hombres esencialmente el impulso original emanado desde Tao y que retorna a él, pero rara vez hallamos el impulso alerta y fuertemente desenvuelto; es raro que los hombres estén dotados de percepción, de alta revelación—de belleza para que a través de ellos se desborden las corrientes que fluyen de la vida, como objetos perdidos en la eternidad infinita.

Se puede expresar esto así:—los hombres ordinarios semejan agua estancada en una vegetación pobre, en tanto que los poetas son como corrientes exuberantes en las márgenes de un océano perpetuo. Pero no hablaré mucho en forma simbólica, porque ese modo de expresión no es suficientemente fácil.

"—Ahora podrá usted apreciar que el hombre que tiene verdadera inspiración de poeta, se prepara aún cuando su arte fluya sin esfuerzo, semejante a la Naturaleza. Al poeta joven que ha estudiado el verso en todas sus formas y variedades, aun cuando haya sido por un corto tiempo, de repente se le aparece el hallazgo de las formas que usa tan fácilmente y que le hacen excluir toda inclinación extraña a su propia expresión. Sus versos toman formas bellas, simplemente porque otros movimientos le son extraños. Allí está la diferencia entre el poeta y el diletante: el poeta canta sus versos a impulsos de la necesidad de expresar su emoción y mucho tiempo después los examina y halla que el sonido es propio y correctos todos

Noticia

La primera parte de este trabajo: Tao y Wu Wei, por Dwigth Goddard, también traducida por Elena Torres, puede verse en los Nos. 19, 29, 22, 23 y 24 del volumen XXXIII de este semanario.

los movimientos del ritmo; en tanto que el diletante después de planear cierta forma de versos de acuerdo con un patrón aprobado del arte aprendido, procede a proyectar series forzadas de palabras sonoras, sobre esta pauta. Las palabras del poeta son conmovedoras, sencillamente porque él está conmovido. Si vemos las cosas a la luz de la vendad, hallaremos que no existe lazo firme entre las formas poéticas y la existencia de leyes atribuídas a un verso que fluye espontáneamente desde el origen de su propio movimiento y que es independiente de toda proposición humana preconcebida. ¡La única ley es que no puede ser sometida a regla!

—Usted puede hallar esto muy atrevido, hombre joven—Pero recuerde que mi opinión se refiere a los hombres que no se han desviado de Tao y aparte de eso, yo sé que hay pocos poetas verdaderos. El hombre que es sencillo y puro como la naturaleza es absolutamente raro.—¿Piense usted si hay muchos poetas en su propia tierra?

Esta pregunta inesperada me desconcertó y temí que mi comprensión fuera extraña a la corriente de su pensamiento. La pregunta era difícil, por lo que contesté primero con otra interrogación:

—Gran Maestro, no puedo contestar hasta oír de usted:—¿Por qué hace el poeta un poema?

El Maestro parecióme sorprendido porque repitió el pensamiento, desconfiado de haber oído acertadamente:

—¿Por qué el poeta hace poemas?

—Sí, Maestro, ¿por qué?

Entonces él, alegremente y sin reserva, dijo:

—¿Por qué ruge el mar? ¿Por qué canta el pájaro? ¿Sabe usted esto, hijo mío?

—Porque no lo pueden remediar, Padre, simplemente porque ese es el medio de su expresión natural! Esto es Wu Wei!

—¡Así es! Bien,—¿y por qué habrían de ser diferentes al poeta?

"Sí, pero puede ser diferente. Un poeta puede cantar con el fin de crear o enriquecer una literatura donde no la hay, o está en peligro de desaparecer— "Eso tiene un sonido fino, pero no es un motivo puro"—Algunos poetas cantan con objeto de cubrirse de gloria, para hacerse famosos, para estar en los concursos, coronados de laureles brillantes, para ganar las sonrisas de la fortuna, para que las doncellas de ojos brillantes derramen flores en su camino!

"Expresa usted su propio sentimiento con gran exactitud"—dijo el ermitaño—"Y no profana millares de palabras sagradas. Pero los poetas que cantan por tales razones, no son poetas. Un poeta canta únicamente por cantar. No puede cantar con otro propósito o se convierte en diletante".

—Entonces, Padre, suponiendo que un poeta cante sencillamente como un pájaro ¿puede después tener placer por los laureles y por las rosas? ¿Puede este poeta aborrecer y estar celoso de aquellos que usan los laureles de que él es digno ¿o puede estimar con íntima convicción que debe llamar bello a lo feo, despreciando la belleza que él ha creado? ¿Puede llamar odiosa a la belleza porque los laureles vienen de manos importunas? ¿Puede vestirse con un ropaje falso y elegir una actuación distinta de la de los demás hombres con objeto de ganar preeminencia a través de la excentricidad? ¿Puede estimarse él mismo como mejor que el común de los hombres? ¿Estrechará las manos comunes que lo aplauden?

¿Puede este poeta odiar a aquellos que se mofan de él en vez de honrarlo?

¿Cómo puede usted interpretar todo esto? ¡Todas estas cosas me parecen extrañas en comparación con los pájaros pequeños y el gran océano!

"Todas sus interrogaciones, joven amigo, son una respuesta, replicó, para confirmar el hecho, y probar que no hay muchos poetas en su país. Recuerde y entienda que yo uso la palabra "poeta" en toda su pureza y en su más alto significado. Un poeta sólo puede vivir para su arte, al cual ama por él mismo y no como un medio para asegurar fugaces placeres terrenales. Un poeta mira sobre los hombres y las cosas —en su naturaleza y relación—tan sencillamente que se coloca muy cerca de la naturaleza de Tao. Otros hombres miran confusamente—hombres y cosas—. El poeta se da cuenta de este hecho incontestable y no espera ser entendido en su sencillez por la mente nublada del público. ¿Por qué habría de apreciar el sentimiento de odio y afligirse cuando lo ridiculizan? ¿Por qué habría de sentir placer cuando le hacen honores? En todas estas manifestaciones no hay una agitación de valor especial, es sencillamente el curso natural de las cosas. En consecuencia el poeta no sufre desesperación cuando no es oído; tampoco se alegra cuando es buscado. El ve el estado de las cosas desde la claridad que se derrama sobre la multitud y de ahí resulta su propio comportamiento, como una consecuencia natural de las causas que le son conocidas. El juicio de la gente sencilla no es muy diferente al suyo y para él no existe su arte como un medio para obtener fama, y así, no canta sus versos para ser considerado especialmente por la gente, sino porque no puede hacerlo de otro modo.

El ignora el comentario humano acerca de sus trabajos y no sabe cuando es famoso u olvidado. "La más grande fama, no es fama".

Me ve usted, hombre joven, como pensando que le estoy diciendo cosas extrañas, como si procedieran de un sueño atrevido. Pero no estoy diciendo nada que no sea verdad sincera, sencilla y natural como la realidad del paisaje o del mar. Ni aún habitando entre labriegos, en el más remoto lugar rural, hallará usted verdadera sencillez; sin necesidad de oír hablar de fama, salarios, artistas e inmortalidad, los hombres se despojan de sencillez. Además, todas esas cosas pueden ser indispensables como el aire y verdaderas como la vitalidad, pero todas ellas son apariencias falsas y decepciones. Aquellos que usted ha visto, pudieron ser poetas de verdadera fibra, pero se han desviado de Tao que es el principio de su vida y no recuerdan que fueron santificados a través de la naturaleza débil del hombre que ocupa un lugar común en el mundo y que ellos vinieron tan ordinariamente como todos, solamente que más fuertes. Sus preguntas me hacen contestar: Todos los que obran así no son poetas por mucho tiempo y no harán más cantos poéticos mientras permanezcan en ese camino. Por pequeñas que sean las desviaciones del impulso original, son suficientes para matar el poema dentro de ellos. Solo hay un camino directo; único, sencillo e inmaculado, inflexible como una línea recta. Esta línea recta es espontánea y en cualquiera de sus lados se extiende una actividad falsa y artificiosa también. Son falsos y artificiosos los caminos de la fama y de la notoriedad, donde ocurren asesinatos, muertes repentinas y donde el amigo oculta sus secretos y chupa la vida de otro para obtener el distante logro de sus fines. La línea recta corta este camino, fuera de toda desviación o secreto, en sanchándose en sencilla continuación dentro del infinito.

Comprende usted entonces, que de ese modo, por la naturaleza de las cosas, todas esas condiciones convertirían al poeta en víctima sacrificada por el populacho, y esto parece imposible.

Seguramente usted sabe por la historia, lo mismo en la de su país que en la del mío, de poetas que han muerto de pesadumbre por el deseo de ser reconocidos o de otros que han echado disfraces indebidos sobre sus propias vidas. Yo siempre tengo un sentimiento de compasión hacia ellos y me doy cuenta de que a tales poetas no puede aplicárseles verdaderamente este término.

Es claro que no estoy hablando de lo artistas sólo para hacer una pieza oratoria. Ahora mismo podría mostrarle alguna cosa ejecutada por un verdadero artista, con la sencillez mental como yo concibo que debe ser la de un hombre... Venga entonces conmigo".

(Concluye este capítulo, en la próxima entrega)

Lo más terrible

En las épocas de guerra hay poco tiempo para pensar. Pero las pocas cosas que pensamos se tiñen de un matiz muy parecido al de la verdad. Por ejemplo: Lo más terrible de la guerra es que, desde ella, se ve la paz, la paz que se ha perdido, como algo más terrible todavía. Cuando el guerrero lleva este pensamiento entre ceja y ceja, su semblante adquiere una cierta expresión de santidad.

(De Antonio Machado, en el Nº de abril de 1938 de *Hora de España*. Barcelona).

Poesías de Galiana Aragonés

= Envío de *Concha Flores*. Alicante, España, mayo 16 de 1938 =

Entonces . . .

A Concha Flores

Entonces...
Cuando ya no queden en la piel de Iberia piedras milenarias,
se levantarán apretadas falanges, falanginas y falangetas, de todos los (osarios de la nada,
y será un clamor de puños-huesos en alto del futuro.

Entonces...
Cuando las madres abran sobre la arcilla ríos como montañas, por el (amado ausente,
un grito de endosfera irá del arco-iris al Dios de los turistas:
¿Rielan campos de sangre, y tú, sin el recuerdo?

Entonces...
Los jinetes del Tiempo correrán como nunca,
Llevarán en sus alas crepúsculos y rosas,
y una estrella en la frente... y un suspiro muy hondo,
y el dolor del triunfo.

Un sabor de heliotropos, de viñedos y almendras,
tejerán una patria con sonrisas de niños;
una patria gigante, con hoces y martillos.

A la muerte de Lina Odena

A Federico García Lorca

Por alamedas y fuentes,
que cruzan Sierra Nevada,
va cabalgando en el aire
limpio, de la madrugada,
Lina Odena, flor de mayo,
camino de mi Granada.

Ojos del viento te ven
el correaje de nácar,
tu traje de comandante
y tu camisa bordada,
y lágrimas de rocío
refrescaban tu garganta.

Refrescaban tu garganta
limpia, de enamorada,
y crujían los milagros
que peina el alba en las ramas,
mientras que tú, Lina Odena,
caminabas a Granada.

Canciones de violines
dicen que te cortejaban
—y que tus suspiros eran
antigüedades romanas—,
de Guadix a Santa Fe,
hasta bañarse en Alhama.

Gitanas del Sacro-Monte
que huyeron todas descalzas.
te ven con ojos de angustia
tu cara de desposada.
y se asustan, pues no sabes
tu muerte con fecha exacta.

¡Tu muerte, Lina, tu muerte,
cuando veías Granada!
¡Y entre el Darro y el Genil
sollozabas por España!,
gritando a los cuatro vientos:
"¡Milicianos, libertadla!"

Y... Que la risa de la Alhambra
y mi sonrisa, cantes, Galiana.

¿No ves que ya no me queda
sangre, ni nervios, ni entrañas?
¿No ves que me están bordando
mi sudario en su ventana?

Tristes marchan al cortejo
doncellas y generalas,
campesinos y mineros,
con jinetes de Alpujarras:
que te juraron, al verte
pálida y muerta en la caja.

Granada tendrá suspiros
propios de recién casada.

Fusilamiento de Federico

A Etelvino Vega

Qué frío tengo, qué frío,
al ver que ha muerto Federico el Grande
en su huerto labrado con olivos.

Las espinas de mi sangre
se clavaban en el río
verde, con juncos amarillos;
y un horizonte de imágenes
gitanas gritaban: ¡Federico!

¡Qué frío tengo, qué frío!
He vuelto a ver a Federico
entre cuatro suspiros;
mujeres enlutadas
cruzaban los caminos
de La Alhambra, en un llanto
triste, grande, infinito.

Qué frío tengo, madre; mis ojos
incendiados están aquí buscando
espacios doloridos,
para ver, en un alto,
crisantemos y lirios;
y un desposorio en lágrimas celestes:
se han casado Granada y Federico.

Pero le han visto.
¿Quién dijo que le ha visto
cruzar por los jardines del olvido?
¿Quién dice que le vió
andar por las tinieblas del destino?
¿Quién soñó que una bala
segó su vida en flor, con el martirio?

Decidle que es mentira;
que fué un clamor con sueños de jacintos;
y que un día... una noche mejor,
un pensamiento negro, adormecido,
dijo que Federico había muerto...
y aún vibran sus latidos.

Y sin embargo...
tengo una duda en mi intenso frío:
¡La Furia habrá vencido al Ruiseñor,
con su lengua de sapo y con sus alaridos!
¡El murmullo y el beso de sus labios
habrán minado de oro sus oídos!

Un grito descolgado, agonizante,
habrá dicho: "Ese ha sido
el que ha cantado el éxito gitano.
¡Fusiladle! Es semilla su voz,
y viento proletario su gemido."

Y Federico, en una noche triste,
cuando la eternidad gritaba su vacío,
y el Darro y el Genil se desbordaban
sollozando delirios,
abrió su llaga al viento,
y, besando a Granada, nos entregó su espíritu.

El sátiro imperialista hace de Don Juan con una adolescente

A Antonio Machado

El sátiro se cierne sobre tu negro pelo
y pretende en su danza, burlar la enredadera,
que tienes silenciosa, en tu hermosa quimera
de luz, amor, montaña, aurora y terciopelo.

El sátiro provoca incendiar el anhelo
de tu cascada, en una inmensa hoguera;
que el ciprés sea el símbolo en esta primavera
y que el verde sea negro, en el surco del suelo.

El sátiro está alerta, tiene espacio en los ojos,
vigila las tinieblas, La Pálida es su amada,
desea en su vesania los corazones rojos
de los niños de España con sonrisa delgada,
y lucha en su impotencia hasta caer de hinojos,
por no llegar al Orto... ¿Mientras tú, cama-(rada...?

Noticia de libros

Indice y registro, extractos y referencias de las publicaciones que se reciben de los autores y de las Casas editoras.

BIBLIOGRAFIA:

Bibliografía de la Independencia de México. Por Jesús Guzmán y Raz Guzmán. Tomo I.—D. A. P. P. México. 1938.

Es el Nº 4 de la serie: *Bibliografías Mexicanas*.

Envío del Depto. Autónomo de Prensa y Publicidad. Poder Ejecutivo Federal. México.

CUESTIONES SOCIALES, ECONOMICAS, EDUCACIONALES:

Historia de la Esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países Ibérico-Hispanos. Por José Antonio Saco. Con documentos y juicios de F. Arango y Parreño, Félix Varela, Domingo del Monte, Felipe Poey, José de la Luz y Caballero, José Silverio Jorrín, Enrique José Varona, y otros. Prólogo de Fernando Ortiz. Tomo I.—Cultural, S. A. Habana. 1938.

Es el volumen XXXVII de la *Colección de Libros Cubanos*. Envío de su Director: Fernando Ortiz.

Señas: Calle L y 27. Vedado. Habana. Cuba.

José Francisco Trejos: *Debemos mantener la bandera del libre comercio en la región bananera del Pacífico*. Imp. Borrasé Hnos. San José de Costa Rica. 1º de junio de 1938.

Donación del autor.

Sobre el petróleo de México. Conferencias. D. A. P. P. 1938.

Envío del Poder Ejecutivo Federal. México. Depto. Autónomo de Prensa y Publicidad.

Lucio Mendieta y Núñez: *Valor económico y social de las razas indígenas de México*. D. A. P. P. México. 1938.

Envío del Poder Ejecutivo Federal. México. Depto. Autónomo de Prensa y Publicidad.

Jorge de la Cuadra Pisson: *Magia financiera*. Prólogo de Enrique Zañartu Prieto. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Envío de la casa editora.

Enrique Zañartu Prieto: *Hambre, miseria e ignorancia*. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Donación de la casa editora.

Societé des Nations: *Centre d'information en matiere de protection de l'Enfance*. Geneve. 1938.

Juan Vicens: *L'Espagne vivante*. Un peuple a la conquete de la culture. París. Editions Sociales Internationales. 1938.

Envío de *Nuestra España*. Señas: 29 rue d'Anjou. París.

Isaac F. Azofeifa: *Influencia del Liceo de Costa Rica en el último medio siglo de vida de la República*. Imp. Nacional. San José, Costa Rica. 1938.

Donación del autor.

Luciano Ferreto: *Varias formas de enseñar lectura silenciosa*. Librería Española. San José, Costa Rica. 1938.

Obra útil, meritoria. Se vende a ₡ 2.00 en la Librería Española. Donación del autor.

POESIA:

Santos Aguilera: *Vida emocional*. Poemas. Editorial *Tor*. Buenos Aires.

Donación del autor. Señas: Calle 25 de Mayo, 347. Escritorio 606. Buenos Aires. Rep. Argentina.

José María de Heredia: *Los Trofeos*. (Sonetos). Discurso preliminar, traducción, notas y apéndices por Max Henríquez Ureña. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Donación del traductor. Señas: 67, Eaton Place. London, S. W. 1.

Luis Nieto: *Puños en alto*. Poemas de barricada y de combate. Chile. 1938.

Donación del autor. Señas: Bolívar 684, Iquique. Chile.

Pablo Neruda: *El hondero entusiasta* (1923-1924). Tercera edición. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Envío de la casa editora.

Oscar Jara Azócar: *Viña del Mar*.

Donación del autor. Señas: Correo Nº 5. Santiago de Chile.

TEATRO:

H. Alfredo Castro F: *El punto negro*. Drama en tres actos. Versión castellana, y prólogo, de Abelardo Bonilla. Editorial Trejos Hnos. San José de Costa Rica. 1938.

Cortesía del autor.

NOVELA:

Trina Larralde: *Guatarco*. (Novela venezolana). Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Obsequio de la casa editora.

Victoriano Lillo: *La marca*. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Obsequio de la casa editora.

Alcides Greca: *Viento Norte*. Novela del norte santafecino. 3ª edición. Editorial *Claridad*. Buenos Aires. 1938.

Donación del autor. Señas: 1º de Mayo 1620. Rosario. Rep. Argentina.

Ernesto Glaeser: *El último civil*. Traducción de Hernán del Solar. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Obsequio de la casa editora.

Alfredo Pareja Díez-Canseco: *Baldomera*. Novela. (La tragedia del cholo americano). Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Obsequio de la casa editora.

André Malraux: *La esperanza*. Traducción de Luis Alberto Sánchez. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Obsequio de la casa editora.

Pitigrilli: *Dolicocéfala rubia*. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Obsequio de la casa editora.

ENSAYOS:

Rafael Montoro: *Ideario autonomista*. Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura. La Habana. 1938.

Es el tomo 3 de la cuarta serie de *Cuadernos de Cultura*.

Envío de Félix Lizaso. La Habana.

Félix Lizaso: *Ensayistas contemporáneos* 1900-1920. Editorial *Trópico*. La Habana. 1938.

Donación del autor. Señas: Aptdo. 2228. La Habana. Cuba.

Es el No. 3 de las *Antologías Cubanas*.

Francisco Ichazo: *Defensa del hombre*. Editorial *Trópico*. La Habana. 1937.

Envío de Félix Lizaso. La Habana.

Es el Nº 2 de la serie *Ensayo Cubano*.

J. A. Gonzal Patrizi: *Rutas venezolanas* (Ensayos). Editorial *Elite*. Caracas. 1938.

Donación del autor. Señas: Miradores a Avilanes No. 42. Caracas. Venezuela.

VIAJES:

Alberto Romero: *España está un poco mal*. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.

Obsequio de la casa editora.

José Martí: *Apuntes de un viaje*. Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura. La Habana. 1938.

Envío de Félix Lizaso. La Habana.

Llamamiento a los lectores

9 Reynolds Avenue
Cortland, New York

May 20, 1938

Señor *Joaquín García Monge*,
Apartado letra X
San José, Costa Rica.

Dear Sir:

I am at present compiling material for a doctor's dissertation on the subject of *The Jew in Spanis-American Belles Lettres*.

I am including all novels, dramas, verse, essays, etc. written by Jews in Spanish during the past 3 or 4 decades; works of art, music, sculptures by Jews, works in which the Jew is treated as character or caricature are also included.

My present list includes such names as Isaacs, Fingerit, Tiempo, Blixen, López-Penha, Smilovich, Gerchunoff, and several others of greater or lesser fame.

I am convinced, however, that there is further material available, if only I could discover it and this letter is an appeal to those of your readers, who are in a position to do so, to help me in this mork. References to sources, bibliographic and biographic data, or loans of books would be greatly appreciated, or will purchase if terms are reasonable.

Yours very truly.

LOUIS NESBIT

(From the Graduate Department,
Cornell University.)

BIOGRAFIA:

L. Levy-Bruhl: *Jean Jaurès*. Ensayo biográfico. Nueva edición, seguida de cartas inéditas. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.
Obsequio de la casa editora.

Félix Lizaso: *Pasión de Martí*. La Habana. 1938.
Donación del autor. Señas: Apartado 2228. La Habana. Cuba.

Angel Rafael Lamarche: *Siempre*. El libro de la madre muerta. Ciudad Trujillo. R. D. 1938.
Donación del autor.

Máximo Soto Hall: *La Divina Reclusa* (Sor Juana de Maldonado y Paz) Crónica novelada. Ediciones *Ercilla*. Santiago de Chile. 1938.
Obsequio de la casa editora.

Antonio Alvarez Pedroso: *La Reina Hatshepsut*. La Habana. 1938.
Obsequio del autor. Señas: Aguiar 71. Habana, Cuba.

HISTORIA:

Gerardo Gallegos: *El puño del amo*. Un reportaje de la realidad venezolana bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez. Cultural, S. A. La Habana. 1938.
Obsequio del autor. Señas: Apartado 825. La Habana. Cuba.

Dr. Manuel Gabarín: *Así asesina Falange*. Una celda de condenados a muerte en un cuartelillo de Falange Española de San Sebastián. Editorial España. París.
Envío de *Nuestra España*. París.

Juan Guixé: *Le vrai visage de la Republique Espagnole*. París. 1938.
Envío de *Nuestra España*. París.

O. K. Simón: *Hitler en Espagne*. Avec 16 Documents hors-texte. Preface d' Emile Buré. Editions Denoel. París.
Envío de *Nuestra España*. París.

Angel Miolán: *La revolución social frente a la tiranía de Trujillo*. México. 1938.
Envío del autor. Señas: Apartado Postal 10769. México, D F. México.

J. Antonio Villacorta C.: *Prehistoria e Historia Antigua de Guatemala*. Guatemala, C. A. Febrero de 1938.
Donación del autor. Un libro que representa un esfuerzo considerable; vale mucho. Hemos de volver con él en este semanario.

Las declaraciones del Presidente electo

En la edición de ayer apareció en este diario la trascripción de una conversación que Mr. Duncan Aikman, redactor del *New York Post*, tuvo con el candidato a la presidencia de la república a comienzos del presente mes. En esa conversación, que apareció publicada en el prestigioso diario neoyorquino, el doctor Santos condena a los industriales extranjeros que apoyan, erradamente, las dictaduras en los países suramericanos, como fue el caso de las compañías que prolongaron artificialmente el mantenimiento de la dictadura de Juan Vicente Gómez en Venezuela.

"Estoy plenamente convencido de que esa actitud indica falta de visión aun desde el punto de vista del propio interés. Los Estados Unidos y todos los demás países extranjeros obtendrán más beneficios del progreso social de Colombia y las demás naciones latinoamericanas, que de cualquier posible explotación de recursos naturales". Y es que del progreso social de nuestros países, de la tranquila y efectiva realización de sus aspiraciones democráticas que comprenden, en primer lugar, el levantamiento cultural y económico de las clases trabajadoras, la industria derivará los beneficios inherentes a contar con trabajadores expertos, conscientes de su deber, eficaces y sensibles a los estímulos; trabajadores que gastarán más, que consumirán de acuerdo con necesidades más dilatadas y que, por tanto, contribuirán enormemente al desarrollo de las industrias.

El pensamiento del doctor Santos, expresado en la conversación a que nos hemos referido, marca una política y fija una orientación que puede considerarse ejemplar, ya que comprende la definición de lo que deben ser las relaciones entre los capitales extranjeros y los países suramericanos sobre la base de que, en el bien de todos, se impone un creciente progreso de nuestras democracias.

(*El Tiempo*. Bogotá, mayo de 1938)

La moda que usan los muertos de ahora

Por SIXTO C. MARTELLI

Envío del autor. Buenos Aires, marzo de 1938

Hay que buscar en los coches de dolientes los semblantes más alegres.
Swift.

La velocidad, ese veneno tan sutil que se nos cuela por todos los intersticios de la vida contemporánea, también invade la vida de los muertos.

Antes los muertos no tenían ningún apuro en irse de nuestro lado. Se prolongaban los velorios, es decir, las entretenidas veladas amistosas en que el café, los licores y la murmuración hacían las delicias de las últimas horas transcurridas en nuestra compañía. Y cuando por fin se resolvían a irse, lo hacían despacio, como sin ganas, en una linda carroza llena de flores, tirada por caballos que pudiendo salir al trote o al galope, preferían hacerlo al paso de un hombre, como si llevaran a los muertos de paseo. Claro que todo eso, hecho con una solemnidad muy a propósito, muy de buen tono con la seriedad de los que iban en los coches de dolientes, esos que son siempre algo así como la segunda pompa de un entierro.

Desde la etiqueta un poco incómoda de los cocheros—verdaderos académicos de los entierros—tan atacados de una repentina hidropesía de importancia, hasta el brío contenido y la compostura graciosa de los caballos, había una como complacencia en demorar las graves ceremonias de la partida y que, en definitiva, no eran otra cosa que la influencia del espíritu del difunto que estaba justamente despidiéndose todavía de las personas y las cosas familiares.

Ahora los muertos van apurados. Tienen urgencia de separarse de nuestra vecindad. No les halaga nada quedarse con nosotros un poquito más. (A la verdad que nosotros, por nuestra parte, nada hacemos por retenerlos). Y para poderse ir más pronto, lo hacen en automóvil.

A los muertos les gusta más salir cuanto antes de entre tanta gente de luto solemne, enseriecida de pronto y con una máscara de circunstancias, que por lo general son amigos que no se hicieron muy presentes en vida, personas allegadas a los amigos de sus parientes, comedidos, que siempre llevan una tarjeta de algún otro amigo, con la que éste quiere engañar al muerto por última vez y a su familia, simulando haberle acompañado hasta el cementerio, y, por fin, librarse de esos infaltables desconocidos que van por afición, por pura alegre afición al abono de todos los entierros.

Más que irse, huyen los muertos de nosotros. Huyen, sí, de esa política de cortesía y de fiesta última que tiene la vida para con la muerte; de la solemnidad y la pompa un poco teatrales de las ceremonias refinadamente inútiles; de las posturas que la velocidad ha impuesto al alma del hombre, trastornándola, y se aprovechan de la velocidad precisamente para ir aligerándose de coronas, de compungidos, egoístas deudos, de los lugares comunes de todos los discursos y de esa falta de sencillez y de respeto que les persigue en palabras, en intención y en actos hasta su última morada.

Los muertos que se van en automóvil, más que estar a la moda, quieren eclipsarse prontamente antes que, como dijo el poeta, "la noticia de su muerte llegue a ser una vieja noticia"... Pero, sobre todo, creo que ellos se van de nuestro lado por temor a la fácil desmemoria que nos trae la velocidad, es decir, esa segunda muerte que les prepara el comedimiento seguro de nuestro olvido.

Una interrogación angustiosa

Los pueblos alegres, los hombres risueños, necesitan un soporte físico para que el beneficio de la emoción placentera encuentre el terreno adecuado y despierte las reacciones tónicas de la alegría. Esta base orgánica del buen humor, —viejo y manoseado adagio latino: mens sana in corpore sano,*—es la aspiración de la sociología moderna. Aspiración a veces dramática, porque el hombre confunde pronto, en el vuelo de las aspiraciones, la conquista de lo posible con el engaño de la ilusión. Mas esta base común de una vida sana—fundamento de la buena sangre—trabajo reglado, habitación aireada, alimentación suficiente, higiene doméstica, deporte y sol—ha de procurarse en un ambiente de sosiego espiritual, que aminore el tono dramático de la existencia y afiance la gracia de la convivencia con el don de la alegría.*

Uno de los espíritus más nobles de la España contemporánea, José Ortega y Gasset, gritó un día, a la raíz del advenimiento de la República: "Necesitamos una república alegre". La respuesta del destino ha sido trágica.

¿De la sangre vertida—de la sangre renovada—saldrá acaso, por fin, ese sentido de la vida risueña que el alma desesperada de los españoles ha buscado en vano, en un anhelo de inaccesibles sueños—siempre más allá, plus ultra,*—a lo largo de la historia?*

(Del doctor Gustavo Pittaluga, en la conferencia *La risa y la sangre*: Febrero-Marzo, 1938, La Habana, de la *Revista Cubana*).

Elogio póstumo de César Vallejo

Por ROSA ARCINIEGA

=De *El Tiempo*. Bogotá, 29 de mayo de 1938=

Siempre el elogio póstumo. Siempre el elogio cuando ya no puede llegar a unos oídos cerrados... ¡Qué triste cosa la de tener que morir para escuchar, acalladas, las menudas rencillas que impiden el exacto conocimiento en vida!

Y así, sin ser conocido en todo su valor—excepto por un reducido grupo de sus admiradores,—se ha ido ahora César Vallejo hacia las profundidades del Gran Sueño después de haber arrastrado una existencia sumida en el sueño menor de la poesía y de las miserias humanas. Y qué existencia más desolada por fuera la de este César Vallejo que jamás tuvo concomitancias con ese tópico retórico del "gustar las mieles del triunfo"! (Acaso, porque él mismo se propuso no gustarlas para no abdicar de su rica intimidad).

César Vallejo acaba de morir en París—en un suburbio del multiforme París—, consumido por una extraña enfermedad—yo diría que por su propio fuego interior, por aquella su propia ingénita tristeza de hombre al margen de la moderna vida tumultuosa. Y ha muerto, naturalmente, pobre. En el centro de esa pobreza terrible que intentó acogotarle desde la infancia. Y que seguramente acabó por vencerle, royendo poco a poco su física armazón con sus dientecillos de fiera a la que no se engaña con versos.

Porque Vallejo, muchos días, no tenía otro mendrugo de pan en su alacena que la vena poética que fluía de su pluma para acallar los alfilerazos del hambre que le claveteaban el estómago. Ni otro inhóspito rincón para reclinar su cabeza—hirviente de sueños—que el tugurio parisino cedido por otros compañeros de miserias y de arte. César Vallejo, llevando aquella triste vida de miserias a que le redujo su gran señorío artístico, tenía que morir joven.

Y murió.

París es el hada madrina—compasiva—que acaba de cerrarle los ojos...

———

César Vallejo representaba, dentro de las actuales juventues poéticas del Perú—y aun continentales—un banderín, un guión. Fue una de las primeras voces que en América marcó hitos por los nuevos derroteros literarios que demandaba nuestra moderna sensibilidad. En reñido contraste con el lirismo oficial, con los retóricos "maestros" que aún continuaban encerrados, no ya en sus "torres de marfil", sino en auténticas torres pétreas, con factura y sabor medioévicos. ¡Mal camino para "cosechar triunfos", aspirar a la "consagración oficial" y ceñir coronas de oro en la frente!

Pero César Vallejo no aspiraba a nada de eso, estaba por encima de todo eso, puesto que voluntariamente—sensitivamente—había escogido la senda de los difíciles calvarios.

A César Vallejo, joven aún, se debe el siguiente decálogo lanzado a las nuevas generaciones para concretar la esencia de un novísimo arte poético que empezaba a elevarse ya, como un humillo de incienso, por sobre las cenizas—de toda índole—dejadas por la Gran Guerra:

Nueva ortografía.
Nueva caligrafía del idioma.
Nuevos asuntos.
Nuevas imágenes.
Nueva conciencia cosmogónica de la vida.
Nueva sensibilidad política y económica.



César Vallejo

Y, ajustándose a este extraño canon ideado por su propia inquietud, Vallejo, a diferencia de tántos definidores estériles, se lanza a la arena de los hechos. Al campo de la fecunda productividad. Y produce. Largamente. Copiosamente. Insuperablemente.

Vértice neto y claro de dos cruces raciales, del blanco y del indígena peruano—, Vallejo siente sobre sí mismo, en lo más hondo de sí mismo, el trágico destino del indio del Tahuantisuyu y así lo enfoca desde sus *Heraldos Negros* y desde esa recia novela, de fama universal, *Tungsteno*. El vive en su clara intimidad el drama racial de sus ascendientes incaicos, lo palpa en el cotidianismo del indio que se enraiza todavía en las gargantas de los Andes y lo expresa con extraordinario vigor, trasmitiendo su modulación a los jóvenes que vienen a la vida poética tras de sus originales pasos.

Pero, hombre multiforme y abierto a todas las bifurcaciones psicológicas, en seguida César accede a apartarse del camino de la neta indigenidad, del tema racial, para sumergirse, en *Trilce*— su más considerable obra poética—, en las lobregueces de sí mismo, en lo recóndito de su "yo" interior, a la manera un poco metafísica como pudieran hacerlo el múltiple Huidobro, el recogido José María Eguren o el sibilino Pablo Neruda.

¡Y que sondas de longuísima profundidad las que sabe lanzar entonces César Vallejo sobre el mar de las teológicas oscuridades! ¡Cómo acierta a dar con "la voz perdida", con esa voz perdida cuyo hilo logró anudar, alguna vez el otro gran poeta de los acentos extrahumanos, Rainer María Rilke!

En tales momentos, Vallejo, pupila que parece penetrar, no ya sólo en la desolación de una raza sino en una amplia desolación cósmica, adopta un susurrante acento de lluvia o de fría ráfaga de aire en noches entristecidas de invierno y, con ella, se dispone a recorrer los húmedos subterráneos del alma, en el fondo de los cuales duermen, inaprehensibles, los misterios de todas las eternidades que hacen signos cabalísticos al hombre.

Nada queda en estos instantes—ni en la voz de Vallejo—de netamente terráqueo, de cosa que tenga relación con la vida humana como anécdota externa. Las palabras—repetidas, sibilinas, carentes de sentido a primera vista—pierden de pronto su exacta significación y se truecan en oscuros símbolos proféticos que sólo pueden ser comprendidos después de diversos sometimientos del espíritu a su música extraña

(Pasa a la página 255)

César Vallejo

Por XAVIER ABRIL

= De *El Tiempo*. Bogotá, 5 de junio de 1938 =

Quiero demostrar que todo el que obra recta y noblemente, puede, por ello mismo, sobrellevar el infortunio.

Beethoven

Los que hemos conocido y amado a César Vallejo, no podemos resignarnos a la terrible noticia de su muerte. Vallejo era la misma forma de la vida hecha espíritu: un varón superior de la especie humana. Nos recordaba en su dolorosa—plástica y profunda—expresión física, la máscara de Beethoven, transida de patetismo y de eternidad. El verbo del poeta era sabio, magnífico y sencillo; hacía pensar en el mundo de maravilla de los cristianos primitivos. El tono de su pensamiento estaba ajustado a la experiencia biológica de la historia. La raíz de su voz nos venía de las parábolas. Era un manantial de inagotable belleza y amor. Su espíritu se volvía unidad en las líneas rotundas y vitales de la materia; espejo de su adolorida existencia que nos ha dado, en las formas supremas de la estética de su arte, los poemas más puros del idioma y del sentimiento.

La vida del poeta ha sido inseparable de su concepción artística; hombre y creador fueron una misma esencia. Los que tuvimos la dicha de dialogar con su alma ejemplar, gloria de América y de España, no olvidaremos nunca su altura y su armonía matinales.

Cuando pienso ahora, en él, la luz de la distancia hace más intensa y aguda la agonía de su rostro, que fue siempre agonista y mortal. Las llamas de sus ojos no se apagarán jamás, porque son el fuego que renueva en el misterio el espíritu del mundo.

Por el verdadero camino de la humanidad, sangrantes los pies del hombre y maravilloso poeta, le vemos un día acercarse al corazón de los oprimidos y encontrar multiplicado el suyo propio, que sigue viviendo entre nosotros como la extraña y humanísima música de su Poesía universal.

Cerraré los ojos en el alba donde su voz ha muerto. Que mi duelo hecho flor lo acompañe en la paz de su reposo, ya que no será su muerte como fue su vida: un generoso y dramático temblor.



Don Mauro Fernández Acuña y Doña Ada Capellain Agnew

(15 de agosto de 1875)

Mi homenaje a don Mauro

Por ROMULO TOVAR

=Discurso. Con motivo del cincuentenario de la fundación del Liceo de Costa Rica. Sacado de los *Anales del Liceo de Costa Rica*. Nos. 3 y 4. 1937 =

Jóvenes estudiantes del Liceo de Costa Rica:

A una invitación atenta del señor Director de esta institución se debe mi presencia en esta noble tribuna docente. El ha querido que todos cuantos debemos algo de nuestro espíritu al Liceo de Costa Rica, concurramos a estas fiestas en la medida de nuestras capacidades, y yo no he vacilado en hacerlo. Efectivamente, quienes hemos estado aquí alguna vez, somos deudores de algo. Reconocemos mejor, con el transcurso del tiempo, el valor de esa deuda. Cuando revisamos nuestra vida, ya hombres, tenemos que considerar con justicia todos aquellos factores que han contribuído a la construcción de esa vida. Unos de esos factores son las escuelas y los colegios en donde logramos la realización de nuestra propia cultura. Aquí estuvo hace unos treinta años o más, un grupo de jóvenes al cual yo pertenecía, en días memorablemente grandes del Liceo de Costa Rica. Hoy, que hago reminescencia de esto, desearía palabras más espontáneas para agradecer a mi destino semejante fortuna. En un instante, yo veo todos mis seis años de permanencia aquí: veo desfilar las modestas o majestuosas figuras de mis profesores, todos los cuales después, en el correr de la vida, fueron mis mejores amigos; escucho los ruidosos días de clase; me mueven los cantos con que celebrábamos nuestras fiestas o las fiestas de la patria; siento cerca de mí a las dilectas almas de todos aquellos que fueron mis condiscípulos vivos o muertos; lamento la pérdida de algunos que estaban llamados a grandes cosas por sus espléndidas dotes y virtudes, y siento que todo esto no se puede revivir tal vez para reparar pequeños errores y para hacer nuevas promesas. Digo esta a ustedes porque puedo declararles con cierta experiencia que no hay nada comparable a la felicidad gozada en los días en que hemos sido estudiantes.

Pero hay entre muchas, una reminiscencia de aquellos que parecen definirse en el mundo de nuestros recuerdos, como un esplendor definitivo. En el fondo claro de un lejano día escolar veo a un hombre pequeño, blanco, de porte sumamente distinguido que entra en nuestra aula. Era ya casi un anciano revestido de una singular belleza espiritual. No me era completamente desconocido. Al contrario, su imagen me había impresionado tanto, que en mí sigue constituyendo aún una extraña obsesión interna. El viejecito fino, elegante y atractivo, ocupó la tribuna del profesor y comenzó a interrogar a los alumnos. Si el haber sido interrogado en aquel instante por él puede llamarse un honor, no me lo niego: me veo de adolescente enfrente de este hombre, sobrecogida el alma por la presencia de su nobilísimo espíritu. Ese hombre era don Mauro Fernández. Entre mis compañeros estaba uno de sus hijos. Probablemente iba a cerciorarse de la conducta de éste, como atento padre que fue. Pero años después me di cuenta de que bajo la iluminación de sus ojos paternales, maravillosamente claros, todos los jóvenes éramos sus hijos; todos los jóvenes siguen siendo sus hijos en la mejor forma posible: en la gestación de las almas.

Nuestra patria tiene esta ventura singular; hay un varón que es el padre espiritual de todas las juventudes. No sé si todas las patrias del mundo han podido consagrar ese maravilloso símbolo. Nosotros lo poseemos en esta altísima consciencia. En aquel día inolvidable los jóvenes estudiantes debimos haber sentido como la explosión de un aurora en nuestra alma: cerca de nosotros había estado el hombre que quiso dotar a sus país de valores eternos. Un valor eterno es esto: es esta casa en donde ustedes se educan, en donde ustedes edifican su vida, en donde ustedes se sienten llamados a destinos superiores. Eso se lo debemos a él.

Ese hombre era el que había fundado el Liceo de Costa Rica. De modo que había venido a ver su obra, a complacerse en la contemplación de ella, como el escultor se complace en la contemplación de su obra de arte. En verdad, el Liceo tiene una relación muy estrecha con el espíritu de su fundador. Sin duda es de aquí de donde esta casa deriva fuerzas alentadoras para ser siempre una virtud vital en nuestra nación.

Don Mauro tenía un sentido religioso de la vida. No propiamente una religión, sino un sentido religioso. No profesaba una fe particular en un Dios determinado, sino en lo que necesariamente existe, un dios universal, el dios de todos los hombres y de cada hombre. Por esta razón don Mauro vivía ciertos principios como verdades absolutas. No tengo el temor de decir esto. Estamos acostumbrados a oír que no existen sino verdades relativas y que las mismas verdades de las ciencias son apenas aproximadas y corren el riesgo de ser discutidas. Pero indudablemente hay verdades absolutas: son las verdades del mundo moral. Don Mauro, por ejemplo, tenía fe, también profunda y sincera en la cultura del hombre. Sólo educándose el hombre se puede revelar en todo el esplendor de sus virtudes. Sólo cuando un hombre es sinceramente culto se manifiesta como ser humano, sólo entonces se puede contar con él para la realización de todos aquellos intereses que le dan valor a la vida. El era, pues, un devoto de la cultura del espíritu. Educarse él mismo fue un principio directivo de su grande existencia. En este hecho hay un hermoso espectáculo de su biografía: esa formación espiritual. Desde un medio pobre y modesto, en un momento en que el país carecía de ambiente mental, este caballero construyó por propio esfuerzo, honrado y paciente, una gran vida en sí mismo. Pocos hombres en nuestra República han alcanzado el desenvolvimiento educativo de éste. Casi nadie ha sentido—hay que decir esto con valor—cómo la educación constituye un principio de vitalidad para el hombre y para las sociedades. Pero don Mauro hizo algo más, con lo cual se conquistó el título de caballero a que antes he aludido. No se contentó con satisfacer una necesidad propia, sino que alentado por un deber humanitario, quiso que el principio educativo constituyera también la profesión de fe de la República. Es decir, quiso que la Repú-

blica se educara para que pudiera salvarse, y como consecuencia de esto, quiso que todo costarricense tuviera a su alcance las facilidades que él mismo no había tenido, que todo costarricense pudiera salvarse como ser humano educándose. A don Mauro se le pueden hacer muchos elogios, pero lo que él hizo es hermosamente sencillo y en sí mismo es su mejor elogio. Examinad cada uno de vosotros vuestra propia vida; volved a ver hacia vuestros propios hogares en donde vuestros padres se sienten satisfechos de haber dignificado sus propias vidas y advertiréis con justicia que allí está presente la influencia del hombre que quiso que en cada hogar costarricense hubiera una luz encendida a la Sabiduría. Ahondad también vuestra propia alma y escucharéis una voz secreta que os dice constantemente: tened fe, trabajad, eso os dignificará siempre, y advertiréis que esa voz es la suya, la de ese hombre que quiso que en el corazón de cada costarricense hubiera un impulso hacia lo alto. Una República educada y un hombre consciente: he aquí dos ideales. Por eso me he referido antes a algo eterno. El Liceo, como institución, no puede ser una cosa precaria, es decir, no lo puede ser el principio educativo. Es una fuerza viva, un llamado constante, un germen. El trabaja en la conciencia de los ciudadanos para iluminarla y para fortalecerla. Esta era la fe que exigía don Mauro y que poseía él mismo: mientras más se eduque la República, más fuerte será; mientras mejor se eduque el hombre, mejor llenará sus fines. Porque para don Mauro una sociedad educada y un hombre construído moralmente, no son dos intereses egoístas, encerrados en las limitaciones de su propio orgullo. No, esto es esencialísimo en la doctrina de este hombre. Ambos valores deben ser universales. Hay algo superior a las sociedades y a los hombres y es la Humanidad. El quería que nuestra sociedad se integrara a la humanidad y que la sirviera; él quería que cada uno de los costarricenses sintiera la emoción de las cosas que corresponden a esa Humanidad. En una palabra, que nuestra patria y cada uno de nosotros estuviera pronto a responder a las exigencias que el desenvolvimiento o perfeccionamiento de la Humanidad requiera. Por eso he hablado de una religión de don Mauro. He aquí una religión práctica: servir a los intereses de la humanidad. Hoy escuchan ustedes constantes elogios de su patria. Hoy saben ustedes que esa modesta patria es estimada por todo el mundo como una gran patria moral de todos los hombres: esa es la obra de don Mauro. El, en este sentido, pertenece a la legión de hombres que han creado a las naciones. El ha vivificado a esta nación para la eternidad, porque, jóvenes, aunque hay una ley inexorable de la muerte, hay también cosas que perduran: perduran las patrias decentes.

Sólo esto es lo que quiero decir hoy. Al celebrar este magno acontecimiento que es la fundación del Liceo de Costa Rica; al rendir necesario homenaje al autor de ese hecho, hay un deber de gratitud, pero hay al mismo tiempo la necesidad imperativa de reconocer el hecho de que la patria a que pertenecemos es un supremo interés que se perfecciona constantemente en la medida en que tenga fe en las ideas, en la medida en que tenga fe en las fuerzas morales, en la medida en que tenga fe en la razón. En verdad, lo que hacemos aquí es un solemne homenaje a la razón, mejor dicho, al espíritu.

El préstamo de la vida

La Patria, el Hombre, Dios

Por el Dr. S. H. y H.

=*Envío del autor.* Costa Rica y junio 9 del 38=

Naturalmente: así como guardamos con religioso respeto el Santo temor de Dios que en la infancia aprendimos en el regazo de nuestra madre, así, igualmente nos es inolvidable el recuerdo de la Patria Grande que nos legaron nuestros mayores. Los hombres, los menos en cantidad, con frecuencia, sin los atributos que han de formar nuestra calidad, por la cooperación que nos prestan las masas—los demás hombres—por cientos y por miles, con apacible sumisión, obediencia ciega, indiferencia calculada, estudiada conveniencia, y miedo no pocas veces,—nos sentimos hombres fuertes, valerosos, soberbios, omniscientes, gigantes, eminencias, cumbres, genios, hombrones enormes; llenos ampliamente de *todo*; con todo a nuestro alcance, con sólo abrir y alargar la mano; salud, galanura, riquezas, poderío, fuerza y sobre todo, seguridad y confianza en nuestras inmunidades, en nuestra impunidad por lo que hacemos fuera del orden y en contra del orden; nos sentimos tan grandiosamente grandes hasta la ilusión de que los astros detienen su marcha para vernos y extasiarse contemplándonos— ¿Y el Santo temor de Dios que en la infancia aprendimos en el regazo de nuestra madre? ¿Y el recuerdo de la Patria Grande que nos legaron nuestros mayores?—Bah!—; eso fue allá en aquellos tiempos, cuando éramos niños de regazo, apenas una promesa de hombres; cuando nos hacían creer en el duende con su guitarra enamorando a las muchachas campesinas; en el Cadejo con su cencerro en las noches sin luna apareado a los caminantes; en la bruja que se quitaba la piel y la dejaba tras la puerta, y transformada en lechuza volaba por el cielo haciendo oír su fúnebre silbido—shuas—; en difuntos aparecidos camino a los santuarios a pagar las romerías hechas en vida, y en San Miguel Arcángel con su espada de fuego cortando pelos en el aire. Ahora es otra cosa enteramente distinta; estos son otros tiempos. Cuando reza en la Santa Biblia que "Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza", entendemos nosotros que nos hizo como El, iguales a El; otro Dios en cada uno de nosotros, ni más ni menos; y es por eso nuestra vanidad, nuestra alucinación de creer que los astros detienen su marcha para vernos y extasiarse contemplándonos en nuestra grandeza infinita—Hombre y Dios no demasiado decir:—Patria Grande con la sartén por el mango es un bello idealismo. Pero así como se oculta en el Ocaso el Sol, y su luz sigue la sombra en el Universo entero, ocurre también a los hombres, que, de sorpresa o lentamente, se nos limitan la fuerza, la salud, las riquezas, el poderío, la sumisión de las masas, las inmunidades, y todo cuanto teníamos a nuestro alcance se nos pone a distancia; y todo cuanto nos hacía sentirnos grandiosamente grandes se nos vuelve imperceptible; y sin poderíos, ni salud, ni juventud, ni fuerzas, ni riquezas, porque en la vida todo es perecedero y sólo Dios es infinito en el Universo entero, entonces nos refugiamos en los recuerdos—olvidados en la opulencia y la fuerza,— y reducidos a la impotencia y a la miseria, los astros en su marcha natural y regular, interesan profundamente nuestra atención; en su movimiento admiramos el grandioso poder del Creador, Uno y Unico en Todo lo creado y por crear.—Y cuando nuestra salud física, lentamente va debilitándose; cuando la miseria ha ocupado el lugar donde antes fue la opulencia; la sombra fría donde fue todo cálido y resplandeciente; el lecho obscuro, desprovisto y mal oliente, donde fue todo vaporosidades y perfumes,—entonces, en el desamparo, sin nadie más que el recuerdo en el Santo temor de Dios,— Oh, Dios mío,—Dios mío!!—; Señor,—Señor!! —Dadnos fuerzas bastantes para vivir en Vuestra gracia y en Vuestro amor!!—Os alabamos y reverenciamos, Señor, porque nos habéis prestado la vida hasta hoy!!—Seguid Señor, prestando la vida a vuestros siervos, que humildemente queremos vivirla en nuestra miseria, en Vuestra gracia y en Vuestro amor!!

La destrucción de España

Anuncian las agencias de noticias que el generalísimo Franco, poseído a las diez de últimas de un resto de piedad, se resiste a ejecutar la voluntad de sus consejeros internacionales, quienes a todo trance quieren acabar con Valencia, Madrid y Barcelona. Parece que el Duce se encuentra fatigado con el giro lento y cauteloso que han tomado las operaciones militares en la Península en los últimos tiempos, y considera que lo más conveniente para el mundo fascista sería la total destrucción, por el fuego y la metralla, de las primeras ciudades españolas.

¿Qué le importan a Italia los grandes centros de la cultura ibera, sus museos millonarios en obras inmortales, sus catedrales magníficas, sus parques, sus edificios, su comercio, sus tradiciones y su vida? Para los caudillos que dirigen en la sombra la marcha victoriosa del generalísimo Franco, España no representa una cultura sino una posición en el ajedrez europeo. Lo que se necesita no es el triunfo de los rebeldes sobre los gobiernistas, por un simple espíritu de solidaridad internacional, sino el fácil acceso a un territorio estratégicamente colocado en presencia de Francia. Si hay algo terrible en la lucha española es ese inmenso equívoco en que se están moviendo las juventudes rebeldes que luchan por una idea, a tiempo que sus consejeros internacionales combaten por una posición. Las juventudes falangistas no tardarán en darse cuenta de que han destruído hasta los propios cimientos la España antigua que quisieron resucitar, porque los amigos italianos y alemanes que hoy les ayudan en su empeño tienen los ojos puestos no en el estandarte de José Antonio, sino en la frontera de Francia. Comprenderán algún día que con su sangre y con su muerte no sirvieron a un jefe, ni a una ambición, ni a una doctrina, sino a un objetivo militar. Sobre los cementerios de sus hermanos, en las ruinas de las ciudades españolas que alemanes e italianos les ayudaron a exterminar, no se han de emplazar las universidades, ni los museos, ni los jardines del futuro, sino los cañones de Mussolini y de Hitler que apuntan hacia Francia. Y entonces sí vendrá el amanecer, ese terrible amanecer de que tánto hablan los gratuitos e ingenuos panegiristas de Franco.

(*El Tiempo*. Bogotá, 21, mayo, 1938.)

Teoría de Blanca Nieve

Por ENRIQUE LABRADOR RUIZ

= Envío del autor. La Habana, 1938 =

A Paulino Darna

LA historia clásica empieza de este modo: "Era Blanca Nieve una Princesa..." Y Walt Disney, de súbito, traslada un público tocado un poco deincredulidad aún, a bordo de una alfombra estupendamente mágica—como que se trata de toda la imaginación de un hombre por excelencia imaginativo—, hacia los dominios verdaderos de la más auténtica fábula.

Juegan aquí los vocablos porque esta performance del gran suceso necesita reducirse a expresión común. Que si no, mucho más práctico sería tomar del legajo de los milagros la receta potísima: el sésamo abracadabra y la varita de birlibirloque, una mezcla sensacional. Y todo ello, a cuento de camino largo, en tibia noche de andar, de andar, de andar, ir deshojándolo en pausas de callado sobresalto: "Por allí viene la Maldad, y por allá el Miedo, y aquello que asoma rostro de hiena es la Traición con su hermano el engaño siempre a la descubierta. Pero no temas, Esperanza Verde, que te ampararán buenas gentes de otro mundo, en tanto llegue el Príncipe de Amor que te encienda la vida con un beso melificado..." Y así, así, así, hasta que toda la historia quede contada, el milagro reducido a moraleja, roto el hechizo, por el suelo la ilusión y el narrador con sangre en el ojo porque la luz de su pintura no alcanzó a describir la otra luz sobrenatural del film simbólico.

Sobrenatural, sí. Y aunque anda en loas agudas la hazaña lograda, la maravilla contenida, la capaz realización, la técnica insuperable,—recién inventada, recién construída—, aquella dilatada perspectiva que abre para un arte del futuro, y en fin, esa gardenia luminosa que consiente en clavarse, donosamente, en la solapa de la cinemática actual, muy en su sitio y para horror de tanto monstruo hidrópico como puebla la fauna del celuloide, siempre será de repetir que ciertos ángulos de incidencia del talento de su creador, no cabe duda, rayan en este film y confinan con el alba de lo que excede los términos de la naturaleza. Ello es lo sobrenatural; claro que un sobrenatural cotidiano, hecho de símbolos cotidianos, de arrojos y flaquezas cotidianos, de todo lo cotidiano domesticable, en una palabra, pero con una ubicación persuasiva, ¡ay!, sólo perceptible hasta un límite en el tiempo. Los días tumbarán en la arena de la tristeza ese estupendo aparato de conmovedora simplicidad que es toda conseja, y con los días ha de venir lo que los días aparejan para la angustia perpetua del hombre. Luego, será preciso restituirse a la pereza simple de la dicha por un resquicio de luz buena camino a la superviviente esperanza, por una hendidura encantada, por un silente rayo que bajado de un astro poderoso y melancólico, nos trasfundiese la confortadora energía de la risa He aquí por donde llegamos a lo sobrenatural de esta película, a quien rendimos gracias porque ella nos depara el dulce tesoro de creer, aunque sea unos minutos sólo y con un sentido de fé muy restringido, retrotrayéndonos, cosa de sueños, al musgo primario de la niñez.

PASADO Y FUTURO

¿Y qué cosa sino cosa de niñez puede ser cosa de sueño y cosa de genio? ¿Acaso no es el genio un niño incontinente con muchas llaves en su mano para abrir muchas cerraduras acobardadas? La terrible cobardía de la vida tiene cerradas todas las puertas: ha de venir el genio, el sueño, el niño, el incontinente por esencia, el amoroso potencial, y con mano maestra y firme ir despojando de misterios el laberinto caótico del tiempo. Desenfrenado, abandonado ya a su superlativo impulso, su elástico dominio no tiene límites.

Esta definición del genio y sus consecuencias viene a darnos la razón de por qué vemos ponerse en pie un antiguo hechizo en esta película. Toda entregada a un extremo de rigurosa temporalidad: la luna, la noche, los astros, los días, los hombres, los sucesos,—lo que compone un hecho—, y toda asistida de infundio parabólico: los pájaros parlantes, los animales pensantes, las criaturas insinuantes,—lo que compone un misterio—, se liga en ella una alquimia de sensaciones enternecedoras hasta lograr una perfecta resurrección mítica. En medio, las máscaras del sueño; ella, la hechizada; ellos, las siete presencias inmortales; el resto, sobre el fondo móvil de la anécdota, a compás y carácter.

Porque véase cómo Disney infunde a sus personajes un aire característico perpetuo. A sus personajes y a sus paisajes, que son relatos también. Desde la mala Reina que odia a Blanca Nieve y ordena matarla, hasta el suceso final de su vuelta a la vida, pasando por todas las vicisitudes y riesgos contingentes, todo,—personaje, paisaje—, mantiene al largo del la obra aquella permanencia de gesto que conviene a la maravilla elaborada en tantos años, en tantas mentes, en tantos mundos, en tantas formas, a través de toda la humanidad, para que él, ahora, pueda resolverlo con la elegancia de un prestímano, en un tono general de gran artífice. De manera se diría, que un infinito número de generaciones ha estado pensando desde su primer abrir de ojos, en esta fábula sencilla para que este fabulista de la luz y la voz y el ademán y la mirada y la palabra, resucite ufanamente, en un minuto dichoso de su facultad creadora, toda la vieja fantasmagoría arrollada en el desván de los olvidos inmemoriales. Y así salte ella, en cinta prodigiosa, como una culebra de metal espléndida y se incorpore con morosa lentitud y vaya desatando uno a uno sus anillos feéricos, hasta mostrarnos el sendero escueto de nuestro primer andar por nuestra más lejana realidad, aquella que confina con los limbos de la noche orgánica.

De este origen remoto, de este manadero humilde, el arte puro de Disney arranca hacia su excelsitud y se engancha de pronto a un trampolín cimero, a una garrocha estupendamente eréctil. ¿Qué cosa no podrá acometer, en candorosa materia, el creador de *Blanca Nieve*? ¿No tiene ya en su mano todo el espectro solar, el reino vegetal, el reino mineral, el reino de los espíritus, la voz humana y el grito de las bestias? ¿Acaso no le acompaña también la faz del Señor? ¿Quién le resiste? Ahora vendrán todos los cuentos, ¡pero todos!, los de Perrault, los de Grimm, los de Andersen.., y los grandes cuentos de los grandes olvidados. La escasa tónica del ensueño, la quimera, la ilusión; lo fantástico, lo ilusorio, lo evasivo... El plato repleto de manjar para grandes y chicos, pues se advierte la bancarrota de sus competidores habituales—el cine de circunstancias—ante la avalancha desbordada de su genio. Y nótese que hago abstracción también de sus anteriores realizaciones, incluso de las *Sinfonías Tontas*; son cosa endeble hasta cierto punto, un poco también de circunstancias, aunque sin duda el golpe de tránsito para llegar a esto. En definitiva hay que ir, como se ha ido ahora, a la trama perfecta, elástica, de lo secularmente bello; al entresijo animado por la simpatía duendínica del Mito; al trasiego sagaz de la Poesía.

MITO Y POESIA

A lo primero que lleva el Mito es a reducir lo normal a sus formas más fugitivas y perecederas; esto es, a ofrecer una suerte de crecimiento interior al órgano de su expresión, que es la fantasía. Lo prueba el hecho de cómo se destruye el rencor, la atmósfera adversa, la agresiva acritud, no bien su representación más válida en este caso, Blanca Nieve, cruza el bosque y deja atrás la esencia de su personalidad ofuscada. Parece ella aquí, símbolo tierno, una cosa a la deriva; una cosa que busca su complemento en el cuarzo de los ojos que en adelante han de acompañarla sin cesar: las criaturas pequeñas, las criaturas afables, las criaturas temerosas, las criaturas cariñosas. Esta teoría de animalillos seráficos—el pájaro, el ciervo, la ardilla, el gamo; hasta el ratón, hasta la ríspida tortuga de feo cuello—que le conducen en una galopante alegría a través de la suntuosidad forestal, del perfumado manto floral, no son otra cosa que los asideros semovientes del Mito. Ellos vertebran la crudeza de la vida, simplifican toda cuestión, desbastan la irritada materia del obstáculo y en puro juego de inocencias virginales alcanzan objetivos im-

previstos. Así se dan edénicamente, de manos a boca, con la Casa de la Poesía, donde todo anda revuelto, manga por hombro, pero sin embargo magistralmente registrado en su fantástico valor de especie poética.

¿Y de qué otra manera sino como el recinto del sueño tenemos que reconocer la choza encantada de los siete enanos? Cada uno representa en ella una cuerda de la lira universal, un modo propio y diverso en el concierto de las voluntades creadoras. Y su casa, la Casa de la Poesía ostenta un perfil recoleto y triste; allí está la más oculta y preciada materia de la tierra—la imaginación—abandonada por los rincones polvorientos; allí el ensueño yacente amortiguado de olvido; allí, entre telarañas intrépidas, los élitros cantores que fabricarán más tarde la profunda alacridad de la vida. Todo es santo en su pequeñez conmovedora; nada precisa de cuidado o custodia. Tesoro común y simple, ¿quién va a robarle? ¡Ah, sólo que ni el más pequeño poeta podrá componer el más simple de los poemas si no se le acuerda allí un adarme de inspiración! Sin vana arrogancia, sin orgullo, más bien desmadejadamente, toda la poesía del mundo se va filtrando bajo aquel techo, gota a gota, en lenta clarificación, al son de un tiempo detenido. Tan sólo falta en esta Casa la Musa Tutelar, esa hija del Mito, para que como una verdadera deidad ejerza un día el imperio de su concierto, la ordenación de las cosas, el riguroso ensamble de la vida, y todo lo coloque en su sitio predestinado, desde el calcetín que rueda por los suelos al gajo de laurel sin dueño.

Blanca Nieve encarna todo eso, el juicio, la reflexión, una armonía despierta,—prendas femeninas—y además encarna el sentido de la alegría colectiva, cosa también de su sexo. Ella viene a la Casa de la Poesía, trae poesía, reclama Poesía...y entonces, todo, a su conjuro, echa a danzar. Pues si aquellos gordezuelos demiurgos sabían seguramente hacerlo desde sus más remotos orígenes, fue preciso que la alada confianza de un sér de bien desatase en ellos los ocultos bramantes del recato, y se abriese, cuerdamente, con la rosa de su presencia tranquilizadora, una larga delicia olvidada. Al ritmo de esta fuerza órfica, hecha de miel y de sonrisas, los viejos pies sin cansancio fueron trenzando la guirnalda sensible de la danza y las viejas calvicies pequeñuelas fueron recibiendo besos amorosos que les resarcían de las fatigas dulces de sus trabajos.

TRABAJO Y REDENCION

Bien sabidos cuáles eran estos trabajos, ¿cómo reaccionar ante el espectáculo deslumbrador de los tesoros subyacentes. Conocido es desde la más lejana fábula, que la entraña de la tierra atesoraba para el bienestar de sus habitantes una serie de cúmulos preciosos y opulentos, suficientes para colmar la más desenfrenada ansiedad: la mina, el pozo de petróleo, las capas vegetales cuyo humus trasciende al sentido nutricio de la existencia, y aquella suerte de grandeza coronadora en la capacidad deslumbrante de las más ricas piedras, eso que la voracidad connatural del comercio llamó, más tarde, "piedras preciosas"... Pero allí vemos cómo los gnomos sabios manipulaban con absoluto desdén la industria cándida de la riqueza y cómo se legitimaba ella, andando el tiempo, e iba cobrando arrogancia descomunal y sentido de poderío, a golpes de secreta avaricia en la sola presumible posesión del hombre. Mientra estas pingües vetas no afloraron a la intemperie, su relativo valor no pasó de un valor entendido, estipulado en su íncita hermosura, un valor puro, fuera de mercado, un valor sólo cotizable en la callada euforia del espíritu. No es otra cosa la alegría deportiva en el trabajo de los pacientes constructores subterráneos: ellos disfrutaban de la jovialidad de su faena, de la alegría de hacer, del fuerte goce de crear, no estando sojuzgados por leyes cruelmente imperiosas o torpes y redundantes. Basta, para su calmo trajín, que un cuco poético y cordial les marque el tiempo de su descanso, y luego, amorosamente, a cantar la vuelta a casa, a la Casa de la Poesía, porque la Poesía les reclama a toda hora... ¡*At home, at home, at home*!

Pero fue suficiente que la mano del hombre redimiese estos tesoros de su dulce ignorancia para que de súbito se convirtieran en estipendio de discutible posesión, en objeto de industria y palenque de empresa: la moneda, la alhaja, el título fiduciario, el título de dominio, el título de allanamiento. Por donde se llega a la aterradora evidencia que los mayores bienes devienen en las mayores simientes de discordia, al solo tránsito de su inanidad a su plenitud. Ese triste don corresponde únicamente al sér humano, por su desapoderado afán de dominio, pues mientras el resto de sus pares en la creación jugaron con el espejo de la belleza útil, él, en cambio, demoníacamente, convirtió estas preseas unánimes en una fuente de mortífera lucha, cuya disputa le llevó a sojuzgar todo cuanto le rodeaba. De ello nació la jerarquía, la preeminencia, la esclavitud, y políticamente, la primera garra del imperialismo. Chorro manante, agua mordiente y turbia, ella ya no se detuvo en su cauce ávido... Y hasta los días de nuestros días.

Me imagino que para contener la contumaz fiereza de su empuje, Gruñón y Lampiño, el rebelde y el alegre, calladamente deben estar fraguando, a golpes de su infatigable criticidad, echar abajo para siempre ese oprobioso andamiaje. Sólo que, me imagino también, esa no es tarea de enanos.

La cuestión social y "El punto muerto"

Algo acerca de los totós del arte, de la política, y de la literatura

Por OSCAR BARAHONA STREBER

= *Envío del autor.* Costa Rica, y junio del 38 =

La curiosidad lleva de la mano a leer esta obrita teatral cuyo autor es el señor Castro Fernández. Atrayente el título y muy comentado el contenido, casi que hay obligación de enterarse rápidamente. Y es que para aquellos que seguimos siempre la cuestión social con interés, ha de despertársenos éste muy vivo cuando una producción literaria—cualquiera que sea su género—quiebra la rutina ambiente y se levanta con proyecciones colectivas. Máxime si sobre este aspecto de la obra ya se han referido algunos intelectuales de valor—dentro del ambiente criollo—y han pontificado sobre idéntica base los escribidores de postura, pretensos de saber lo todo.

Cabe un ligero análisis sobre las tendencias filosófico-sociales del drama. Quizá el autor haya carecido al escribir de intención alguna en este aspecto. Sin embargo, despreocupándonos de la intención, vamos a remitirnos a la realidad del libro al cual, en el hecho, sí puede atribuírsele algún esbozo doctrinario. Ya uno de tantos señaló por ahí lo plena de atractivos, por difícil y por grande, de que estaba matizada la empresa de "reducir el panorama social del mundo a un libro". Pero el hecho de que el esfuerzo sea elogiable no es razón suficiente para omitir un punto de vista más: el nuestro. Existe un derecho ciudadano para que lo haga cualquiera. Y vamos adelante.

Batifolle, el personaje medular, se perfila con rasgos crueles, enérgicos y definidos. Es una personalidad absorbente, cuyo fácil dominio sobre los demás lo empuja a una deificación inhumana. Bien puede resultar una semblanza fiel—por lo ridículo de su caída y por lo delirante y soberbio de su apoteosis de Maestro—de los duces y francos que escarnecen la política europea y la dignidad de los pueblos que pretenden conducir. Batifolle vence el punto muerto—anonimato relativamente feliz—empujado por la dulzura amante de una mujer, la cual sabe recibirlo una vez cerrado su ciclo de dominio y fracasadas sus aspiraciones de construir un mundo totalitario caracterizado por la humillación del pensamiento, síntesis de la auténtica personalidad humana. Todos lo demás personajes no son más que recursos escénicos para el desarrollo de la gesta batifolliana. El jefe los absorbe y los convierte en tristes engranajes de la gran máquina: es la transformación del Hombre en Autómata. La única excepción es Totó. Antítesis de Batifolle y, por tanto, la sola figura que al mantenerse dentro de los límites de su yo, es capaz de sostener un diálogo vivo con el Maestro. El tal Totó aspira a ser "humano" y no pasa de ser un bohemio comodidoso que disfraza su posición inerte y egoísta con frases pomposas y pensamientos de Pascal. Su norma es una indiferencia especulativa y vana que recuerda en mucho la posición de todos los critiquillos del "mal del siglo", incapaces de mover un dedo para mejorar las condiciones de vida de su vecino. No cabe duda de que en tales características descansa la simpatía con que ciertos comentaristas han saludado a semejante histrión. Es, al margen de toda polémica, un notorio ejemplo de la ley de afinidades.

A nuestro juicio el autor, con acierto exquisito, se limita a hacer danzar en escena los dos personajes principales, sin sentar del todo premisas ni conclusiones categóricas. En cierto modo queda a criterio del lector, a base de propias

ideas e imaginación personal, el completar las sugerencias esbozadas, traduciéndolas—si fuere del caso—al lenguaje social, en el sentido de conglomerado humano que tiene la palabra.

Y así es como se establece una contradicción interesante entre estos dos personajes que, paradójicamente, tienen muchos puntos de contacto. De un lado la vanidad y el talento de un genio de la acción, que aparentando crear un mundo mejor, trata sólo de anular en beneficio de su propia deificación todas las manifestaciones de la personalidad humana. De la otra parte, vanidad e inteligencia también, con la singular pretensión de mantener una individualidad insustancial y contemplativa, que si a nadie en apariencia perjudica, tampoco produce beneficio alguno. Totó al hacer la apología de la "indiferencia" no hace más que acusarse de un complejo de inferioridad tremendo. Es el polo opuesto de Batifolle, el creador. ¡Sin embargo coincide con éste en la inutilidad de su posición. El bohemio del drama simplemente, a través de los tres actos, se mantiene. Aparece y termina dentro de las estrechas fronteras de su propio ego. Muy por el contrario, el jefe tiene un impulso inicial formidable que concluye en el punto de partida por deformación o mal encauzamiento de sus energías. En resumen, dos tipos antagónicos con un denominador común que los amalgama indisolublemente: el narcisismo o exaltación del "yo" sin proyecciones de *verdadero* beneficio colectivo.

Trasladando el desarrollo de la farsa escénica al campo de la realidad social, abundamos en las razones que han movido al prologuista a concluir que en la obra se ha consignado, ridiculizando al batifollismo, un gran esfuerzo literario para "denunciar la vanidad y la imposibilidad humana del fascio y de su concepción nietzscheana del superestado". Sin embargo, aquí hay otro error por omisión. Urge señalar que tampoco el camino seguido por Totó dentro de un círculo estrecho y vicioso, por egoísta e improductivo, entraña ninguna solución para el complejo social. El pensamiento, como entidad, es algo creador y dinámico, cualidades muy ajenas a Totó. Careciendo este de auténtico pensamiento, en la concepción elevada de la palabra, muy mal puede ostentar la dignidad del mismo. Como tesis, la sugerencia del libro es muy digna de aplaudir. Lo único es que, ante nuestra opinión, no rima con el carácter ni se dibuja en las actitudes del personaje comentado. Tomar una postura partidarista del lado de Totó, significa identificarse con una posición cómoda y criticona, de un individualismo anárquico que a nada conduce. Seguros estamos de que éste no ha sido el propósito del autor.

Es muy necesario, por tanto, si los dialogantes del drama no satisfacen, extractar un tipo de hombre—primero como unidad y luego como género—que resuma y vivifique los aspectos positivos de uno y otro, eliminando defectos. La máxima personalidad del individuo reside en la unidad del pensamieno con la acción beneficiosa, de sentido colectivo. Y sólo encontrará su pleno desarrollo en sociedades armónicamente construídas sobre una base económica justa, capaces, en consecuencia, de garantizar el despliegue de las facultades espirituales de cada individuo. Este es el producto de la vibración de la época, aunque le pese a ciertos totós del arte, de la política y de la literatura. Todo lo que no llene este moderno horizonte o tránsito por esta nueva ruta, está perdido por anacrónico o caduco. No importa que pretenda o no excusar su falsa posición con la frase venenosa, sofistiquena o retorcida. O que asuma desplantes literarios opinando acerca de la cuestión social o "mal del siglo": siempre se adivinará al trasluz de la pompa viril en la expresión al bohemio ignorante y anodino que por indefinido e inactivo resulta un intersexual del intelecto.

Resumiendo, nos parece de alta utilidad la lectura de la obra comentada. Sobre todo si se toma en cuenta que el autor no lleva intención unilateral. Su único propósito debe haber sido dramatizar en tres actos y en forma amena uno de los problemas humanos más destacados, poniendo en el tinglado a una serie de tipos interesantes, de cuyo compendio, batidos en el mortero del razonamiento, ha de salir la única solución justa. Porque no cabe duda de que si Batifolle es execrable, tanto como la aberración colectiva que representa, Totó, que es la negación de toda actividad social, expresa en muchas de sus características personales un tipo por desgracia sobrado frecuente en nuestro pequeño medio, y que viene a ser como el sarcoma de nuestro ambiente intelectual. Y si eliminamos ambos factores principales, hemos de concluir en la necesidad en que están los pueblos de construir una economía con fines sociales que al libertar al Hombre, genéricamente hablando, lo libere también en su individualidad al crear una base material que sirva de estímulo al desarrollo de sus cualidades espirituales. Tal será la verdadera "dignidad del pensamiento", sin mixtificaciones ni utopías.

España nuestra

= *Envío de la autora. Lima, 1937* =

Te odiaba España por tus frailes hipócritas y sombríos, por tus monarcas corrompidos, por tus blasones mojados de sangre, por la ignorancia y la abulia de tu pueblo, por tu orgullo inconstructivo y tu fanfarronería, y tu ocio, y tu sensualidad;

...te odiaba con el viejo odio de mis indios, sacrificados al brutal zarpazo de tus conquistadores, por tus Pizarros y tus Almagros, que hollaron la tierra de los incas desgarrándola y sembrando la esclavitud y la muerte;

te odiaba por la herencia de tu sangre azul —sangre decrépita— que llevamos los americanos como una maldición y contra la que insurgimos negándola, para sentirnos dignos de nuestro destino;

te odiaba por tu quijotismo, ramplón, por tus fiestas toreras, primitivas y salvajes, por tus cancionetistas y tus cómicos;

te odiaba en fin, por tu chiste y tu sal, residuo frívolo de la decadencia de tus clases privilegiadas; pero ahora te amo España;

ahora te amo y me dueles como una llaga viva, con un continuo escozor en el corazón, como un desvelo más, el más largo y doloroso de todos;

te amo España por tu admirable reacción de vida ante la podredumbre de tus castas despóticas; por tu pueblo rebelde y heroico, que riega de sangre la tierra endurecida por siglos de indolencia y de canallería;

por tus milicianos, que marchan a la muerte y a la victoria—alegres—como a su primera fiesta; por tus poetas mártires y por tus artistas proletarios;

porque al fin resucitas de tu larga muerte como un lázaro tocado por la gracia de la libertad, y te reivindicas ante tus hermanos de América, que hoy vemos en tí el empujón heroico y la ruta sin claudicaciones;

porque ya no sueñas, sueños mórbidos, sino que mantienes tus ojos en alto idealmente iluminados, pero tus pies de miliciano fuerte se asientan sobre la tierra firme en marchas regulares camino de la gloria;

te amo y ya no me avergüenzo de las gotas de tu sangre que corren por mis venas, porque quizá, quizá mi abuela española pudo haber sido también otra Pasionaria;

te amamos, España sangrante, España trágica, España nuestra que te alzas sobre tu pedestal de cadáveres más alta cada vez, sin chiste, sin carcajadas, sin toreros ni majas, seria y triste tal vez, pero apretando en los puños erguidos la bandera de la Libertad, que no arriarás jámas....

MAGDA PORTAL

La carta póstuma de Lugones

= De *El Tiempo*. Bogotá, 11 de mayo de 1938 =

Buenos Aires, *mayo* 9 (United Press) —*Se ha dado a la publicidad una carta póstuma de Leopoldo Lugones, dirigida al juez de turno que levantara su cadáver, y escrita con lápiz, en un sobre.*

—*La carta dice textualmente:*

"No puedo concluir la historia de Roca. Pido que se me sepulte en tierra, sin cajón y sin ningún signo de mi nombre. Prohibo que se dé mi nombre a ningún sitio público. Nada reprocho a nadie. El único responsable de todos mis actos soy yo."

Fuerte documento humano, a pesar de su sencillez de expresión, esa carta póstuma de Leopoldo Lugones que nos trasmite el cable. En cinco líneas temblorosas el poeta de las áureas montañas líricas, uno de los "grandes" de América, resume la tragedia final, el minuto dramático, el instante convulsionado, que lo empuja hacia los desfiladeros de la muerte.

Y aun, en ese prólogo fúnebre, el hombre acabado y finito, el hombre de amor y de dolor, sienten pesar, sobre sus espaldas vencidas, la carga de las preocupaciones cotidianas. Preocupación de escritor, de trabajador inteligente, "que no puede terminar la historia de *Roca*", libro de sus desvelos en los últimos años. Preocupación de taciturno para quien la vida tuvo un sabor amargo, que busca la tumba "en tierra, sin cajón, y sin ningún signo de su nombre". Preocupación de decoro orgulloso que huye de que se le dé su nombre a ningún "sitio público", y se le recuerde en lápidas y ofrendas. Y preocupación de solitario que quiere la gloria de la propia tragedia, sin compartir con nadie el victorioso fracaso. Hubiéramos querido, sin embargo, los admiradores de Lugones, que el capítulo de su muerte tuviera un prestigioso silencio. Sobran esas líneas, a pesar de su sequedad perfecta y de su ausencia de emoción quejumbrosa. El suicidio con carta póstuma tiene siempre algo de información sensacional para una edición extraordinaria. Pero Lugones ha querido dejar sus frases crueles, y afiladas, como una protesta ruda contra más de cuarenta años de lucha estéril. Es el último zarpazo con honda huella sobre la tierra enemiga.

El Evangelio del minuto

Por N. VIERA ALTAMIRANO

=De *El Diario de Hoy*. San Salvador, junio 19 de 1938=

Aunque tu posición en la vida sea la más humilde y el salario que llega a tus manos, el más pequeño; aunque tu papel, como unidad actuante en el mundo de la producción de riqueza y la forja de instituciones, sea de lo más modesto: barredor de la calle, limpiador de botas, obrero manual, picapedrero o peón de las carreteras—de esos que mueren aplastados por los derrumbes, sin que nadie se encoja siquiera de hombros por ello—;aunque andes con los pantalones rotos y los zapatos hechos trizas o con los pies francamente desnudos, sintiendo el calor de la tierra con la misma intensidad con que merece estar allí, sino por culpabilidad sola; aunque seas lo más mínimo en la feria de vanidades del mundo, debes conservar el sentimiento de tu responsabilidad moral como un hombre que, si está en lo más bajo, no es porque merece estar allí, sino por culpabilidad social o desarmonía en las instituciones.

Pobre eres, pero no debe faltarte fortaleza para amar a la mujer que te ha dado un hijo, como no te faltó varonía para poseerla. Los animales salvajes serían más nobles que tú si abandonas a la mujer que te dio los hijos, porque los animales sienten la responsabilidad de su hembra, y cuando no se juntan a una de modo exclusivo, asumen una actitud de virilidad y protección sobre todas. Apenas grita el milano, y el gallo sale al frente, y cuando aullan en a selva, el toro no se da reposo rondando la mesnada.

La mujer que te ha dado el hijo tiene sobre tu trabajo, sobre tu inteligencia, sobre tu corazón y tus brazos, derechos inalienables que no puedes violar. Por su celo, por su ternura, por su devoción, por su cariño, está hablando el derecho de las generaciones que vienen. Las leyes más altas de la vida, los misterios más impenetrables de la reproducción, tienen en la mujer la inteligencia superior para interpretarlas y penetrarlas.

Puedes tú ser muy pobre, pero, de seguro, te alimentas, comes. No se ha visto nunca a un hombre que no coma, por pobre que sea. Cuando su pobreza raya en la carencia absoluta, ese hombre roba, y no es culpable. Aparece entonces lo que se llama "un estado de necesidad". Así, pues, aunque seas muy pobre, como comes, procura comer ese tu pan duro y negro, cerca de la mujer a quien buscaste con alegría para expresar tu impulso vital; de la que llamaste, al oído, con los más dulces nombres para despertar en ella la ternura; de la que escogiste para dejar tu simiente... Come tu pan cerca de ella y dale la mitad, como los animales de la selva que siempre comparten con la hembra que está a su lado la caza cogida o el gajo fragante de hierba... Pero no te comas tu pan, lejos de ella, ignorando si, por dar de comer a tu hijo, la que fue tu novia, ha dejado de comer...

Puedes tú ser muy pobre y muy humilde; pero, de seguro, no andas desnudo. Si la escasez apura, y no hay salario porque la crisis se desata y alguna partida de estúpidos se ha inventado una moneda que debe comerse a los hombres, que debe tragarse a la vida, te agenciarás los medios para adquirir ropa vieja—para robarla si el caso llega,—*pero no te resignarás a andar desnudo*. Procura, entonces, pues, llevar esa ropa vieja a la mujer que te dió el hijo. Comparte con ella tus harapos, que le podrán servir para vestir al niño desnudo, para cubrirlo mientras duerme o limpiarlo cuando esté enfermo. Y no te conformes nunca con andar tú bien cubierto, ignorando si la mujer a quien tú engañaste está lejos, desnuda o raída, o si la cría que lleva en sus brazos, y que le dejaste tú mismo, no tiene con qué abrigarse.

Pequeño como eres, sabes agenciarte los medios para tener dónde pasar la noche. Para la fatiga del trabajo honesto, es tan blando el pavimento de una buhardilla como el lecho de plumas de un rey, y más suave y acogedor el techo estrellado, que su alcoba. Y pequeño como eres, anda a buscar la mujer que te dió tu hijo. Puede ser que ella no haya encontrado un refugio mejor, o que ande al garete, despedida por la mezquindad de sus semejantes, o perseguida por los perros, llevando en sus brazos al niño que tú le pediste.

Todo esto quiere decir que, por pobre que seas, puedes compartir con la madre de tu hijo, tu salario, tus harapos, tu pan negro, tu cama dura, tu alegría y tu tristeza. Y llamarás hijo a tu hijo, y él te llamará su padre.

Y no te excuses con la humildad de tu posición para hacerte el ingrato y descender más abajo del descenso de las bestias del campo, que sí sienten la responsabilidad de la prole.

En tu hijo está tu tesoro. La rapacidad social pudo arrebatarte todo cuanto poseías. Pero estás todo entero si puedes sentirte cautivado por una mujer y tienes la fortaleza viril para engendrar un hijo. Más pobres que tú son los hombres que ya no pueden perder la cabeza por un cariño y que, como el viejo Abraham, se bañan de lágrimas en su lecho, con la virgen intacta a su lado...

El hijo es el tesoro de los humildes. Y cuando el silencio del poeta se haga a sus bocas, "la tierra tiembla bajo sus pies". Bajo los pies de los humildes.

Y estando tú muy cerca, y siempre cerca de la mujer que te dió el hijo que le pediste, tu hijo no será ladrón, porque aprenderá a amar el trabajo viéndote como trabajas tú; ni tu hija fallará en la vida, porque el sentido de la maternidad crecerá en ella como una flor y tu orgullo de padre la cercará celoso como un seto de espaldas.

Sé reproductor, creador; pero sé, también, proveedor.

Si te falta el aliento para proveer y en tu corazón no existe esa capacidad de alegría ante una mujer pregnante y un niño que lleva el cielo en los ojos, y no tienes los puños macizos para la batalla y el alma serena para la esperanza; si tu varonía es sólo la del pollino cebado en el establo, riega tu simiente en la tierra, como Onán, o "liba tu goce único" colgado de un árbol, por el cuello....

Y así, si sabes ser el proveedor, serás el trabajador. Y el mundo tomará otro camino. Y seguirás luchando, aunque en medio de sinsabores.

Mientras se enciende la aurora y se realiza la justicia.

¡Que, gracias a Dios y a tus brazos, si cumples con este mandamiento, se realizará algún día!

La Biblioteca de Don Mauro

Por LUIS CRUZ MEZA

=Del folleto *Mauro Fernández*. 1843-1905. (*Su vida y su obra*). San José de Costa Rica. 1916=

El alcázar riquísimo de su Biblioteca, semeja un templo que infunde el mayor respeto. De un lado su escritorio, estilo americano, lleno de cajoncitos pequeños, rotulados de su puño y letra, y compartimentos llenos de papeles cuidadosamente especificados. De otro, mesas llenas de folletos e impresos, que él leía atentamente, seleccionando los más dignos de guardarse; en los lados de las paredes se ostentan los anaqueles de libros de oro de su Biblioteca, todos leídos y releídos, llenos de anotaciones curiosas e importantes, muy limpios, sin arrugas, como acabados de salir de la tienda. Las paredes están adornadas con retratos de familia y de sus amigos más estimados. Entre sus libros está el *Quijote*, obra que estimaba en alto grado. Allí están Herbert Spencer, Macaulay, Carlyle. Las obras de Spencer, a quien en el año de 1890 conoció en Londres, eran sus libros predilectos, entre otros, *Principles of Sociology, of Psicology and Principles of Biology;* a sus amigos recomendaba siempre la lectura de las siguientes obras, también del mismo autor: *Educación intelectual y moral, Sir Henry Leitton Bulwer, Historical Character's*. Allí están en seis volúmenes, llenos de anotaciones, la Lógica, la Moral y la Psicología de Aristóteles, las obras de Platon; allí hay obras de derecho, de finanzas, de pedagogía, etc. Su autor predilecto en materia de novelas era Pérez Galdós, que leía con entusiasmo. Ningún domingo, desde octubre de 1891, dejó de leer la *Crítica y la Historia de Jesucristo*, del famoso Pére Didon.

En su escritorio deja algo muy interesante sobre *Los sentidos y el Intelecto*, refuntando a Alexander Bain, escritor inglés, escrito esto en 1870 y corregido y aumentado en 1879 a 1882. *Tres semanas en Sevilla*, escrito en 1871: un estudio sobre *La Reputación*, tema propuesto por el señor don S. Moret y Prendergast, comenzado en Madrid en 1871 y concluído en 1884. Deja también un diario personal, que comprende desde el año 1880 hasta junio de 1905. Lo relativo a este último mes comprende solamente su enfermedad, escrito con lápiz en su cartera. En su diario trata de la familia, de política, negocios, gobierno, amigos, finanzas, enseñanza y muchas otras anotaciones, que cuando se publiquen, formarán con lo escrito por él en España y Londres, durante su viaje del 70 al 71, un grueso volumen. Entre lo escrito por él en beneficio de Costa Rica, no debe olvidarse su *Ley de Educación Común*, su *Reglamento para las Juntas de Educación*, idem de la *Universidad de Santo Tomás; Cuádruplo del Banco de la Unión*.

Un poder contra Cristo

Roma es un poder del Occidente pragmático, un poder contra el Cristo, que tiene del Cristo lo bastante para defenderse de él. Similia similibus curantur. *Entre Moscou, profundamente cristiano, y Roma, profundamente pagana, es Roma la que defiende al Cristo, como quien defiende la ternera para su vacuna. Moscou, en cambio, se inyecta a Carlos Marx. Pero cuando triunfe Moscou, no lo dudéis, habrá triunfado el Cristo.*

(De Antonio Machado, en el Nº de abril de 1938 de *Hora de España*. Barcelona).

Elogio póstumo...

(*Viene de la pág. 248*)

y vagorosa. Y César Vallejo clama así, por ejemplo:

Si lloviera esta noche retiraríame
de aquí a mil años.
Mejor a cien no más.
Como si nada habría ocurrido, haría
la cuenta de que vengo todavía.
O sin madre, sin amada, sin porfía,
de agacharme a aguaitar el fondo, a puro pulso,
esta noche así, estaría encarmenando
la fibra védica,
la lana védica de mi final, hilo
del diantre, traza de haber tenido
por las narices
dos badajos inacordes del tiempo
en una misma campana...
Haga la cuenta de mi vida
o haga la cuenta de no haber aún nacido,
no alcanzaré a librarme.
No será lo que aún no haya venido, sino
lo que ya ha llegado y ya se ha ido...

"Lo que ya ha llegado y ya se ha ido"—clamaba esa noche César Vallejo con un dejo de infinita nostalgia, con un bisado de ese verso final que trasmite, hasta por su musicalidad, el triste "réquiem" que aquellas horas resonaba en su alma estremecida...

Y era que, acaso, intuía ya los pasos de esa muerte cautelosa que ahora nos lo ha llevado en París. Era que, acaso, se sentía ya vencido—y vencedor—en su lucha trágica, pasiva, con la vida de miserias materiales que siempre soportó...

¡Dios mío, y esta noche sorda, oscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la ventura;
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura!"

¡Intuitivo llanto llorado por Vallejo en *Los Heraldos Negros* y que ahora acaba de cobrar plena realización en una callejuela innominada de París!

¡Ay, qué él mismo, César Vallejo, no era otra cosa que "un dado roído y ya redondo de rodar a la aventura"! A la ventura de las grandes urbes devoradoras de intimidades, a la ventura de todos los caminos económicos, a la ventura del gran desierto que se abre frente a las almas ennoblecidas...

Y ya, César Vallejo, "no podías parar sino en un hueco, en el hueco de inmensa sepultura". ¡En esa en que ahora te dormiste bajo el cielo ruidoso de París!

Hasta ella llegue el manojo de siemprevivas que hoy te dedico desde lo alto de este espinazo de los Andes al que debías parte de tus orígenes raciales y sensitivos.

Bogotá, mayo, 1938.

Al II Congreso de Intelectuales Para la Defensa de la Cultura, llevó la voz emocionada del Perú. Valencia y Madrid supieron por su voz respetada, que el pueblo peruano está sin vacilaciones al lado del gran pueblo español. Al pueblo español y a su lucha cantó en sus últimos poemas. Sus últimas palabras, ya en el dintel de la muerte, fueron para España. La juventud revolucionaria de América pierde con Vallejo a uno de sus maestros. España, a uno de sus mejores amigos de América.

Nos queda su ejemplo de luchador y su obra que es, como la de todo gran poeta de hoy, espejo de su lucha.

Al Comité Ibero Americano de París, del que fué uno de los fundadores, deja el orgullo de haberlo contado entre sus miembros y la enseñanza de su fervor en la defensa del hombre.

El mejor homenaje a su memoria, el que más hubiera apreciado él, es el de continuar la lucha sin vacilaciones en defensa de España, reforzándola por todos los medios y llevándola al último extremo, como la llevó César Vallejo hasta el instante mismo de su muerte.

EL COMITÉ IBERO AMERICANO PARA LA DEFENSA DE LA REPÚBLICA ESPAÑOLA. PARÍS.

Un poeta peruano: César Vallejo

De *Ercilla*. Santiago de Chile, 13, mayo, 1938

Nació en 1895, en el Departamento de La Libertad (Perú), en la misma época en que nació Haya de la Torre. Formaron núcleo intelectual en el diario *La Reforma*, que dirigía el profundo pensador peruano Antenor Orrego. Provinciano, Vallejo sólo llegó a Lima en 1918. Fué inspector disciplinario en un colegio y más tarde profesor de Castellano. Bohemio impenitente, verleniano, tenía mucho de doloroso en su vida y en su obra. Sus poemas lo anunciaron como una de las fuertes expresiones poéticas de los últimos tiempos. Se podría decir que fué el más intenso y el más interesante de los poetas contemporáneos del Perú. En 1923 marchó a Europa en alas de su bohemia y de su inquietud. Fué figura familiar entre la intelectualidad joven, cosmopolita, que se reunía en los cenáculos de París y Madrid. Antes de su partida al viejo continente, publicó *Trilce*. Este libro acaloradamente discutido, le abrió la puerta del más amplio prestigio.

La muerte lo sorprendió en París. Acaso tenía el presentimiento de esa muerte, como lo prueba el inédito poema que publicamos, escrito pocos días antes de su muerte. Deja publicados: *Los Heraldos Negros* (poemas), *Fabla Salvaje* (cuentos premiados en un concurso literario de Lima), *Trilce* (poemas editados en Lima y Madrid), *Tungsteno* (novela sobre la vida minera del norte del Perú), *Rusia 1931* (crónicas de un viaje a Rusia).

Piedra negra sobre una piedra blanca

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París—y no me corro—
tal vez un jueves, como es hoy, de otoño.

Jueves será, porque hoy jueves, que proso
estos versos, los húmeros me he puesto
a la mala y, jamás, como hoy, me he vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro

también con una soga; son testigos
los días jueves y los huesos húmedos,
la soledad, la lluvia, los caminos...

CÉSAR VALLEJO

París, 1938.

César Vallejo ha muerto

= De *Nuestra España*. París, 22 de abril de 1938 =

César Vallejo, hermano mayor y maestro de la juventud libre de América, acaba de morir en París. El gran poeta que fué Vallejo estuvo doblado siempre por recia integridad de hombre. La juventud americana que estudió en el poeta su aporte sin par a la lírica americana, veneró en el hombre su pura esencia sin tacha. Su vida entera es ejemplario de lucha sin desmayos. Donde quiera que la justicia y la libertad se vieron atacadas, la pluma y las energías de César Vallejo estuvieron prontas. No es lugar común el decir que su muerte crea irreemplazable vacío: hombres como él, verdaderas entrañas de la más auténtica América, cuéntanse en nuestro Continente con los dedos de la mano. Cada uno que cae es angustia sin medida para nosotros.

Al pueblo español dió enteras sus últimas fuerzas. Fuerzas que hoy, al saberlas minadas por la enfermedad y la muerte en acecho, adquieren ejemplaridad heroica.

Leía a Comte...

En sus actividades de estudiante no sólo se consagraba a los ramos obligatorios. Su aprendizaje del inglés y del francés estimulaba su pasión por leer libros extranjeros. El provecho de estas lecturas le hacía discurrir con mayor conocimiento que sus compañeros y hasta crear teorías "que eran rechazadas por su maestro, cuando no guardaba silencio, y rara vez apoyadas por él o dilucidadas." "Mis ideas eran pura novedad que hacían sonreír a los amigos".

En esa vida aislada sentía el niño con más fuerza la opresión del ambiente y su instinto lo impulsaba a salvarse de la asfixia. ¿Cómo? Por todas partes se repetía la palabra libertad que con él venía desde la cuna entre cargas y cánticos. Todos usufructuaban de ella para ascender: los que estaban arriba y los que luchaban desde abajo por su conquista. Lastarria comprendía que era necesario conocer la historia de la libertad si se la quería continuar. Leía a Comte, a Rousseau, a Montesquieu, a Bentham. Gustaba comunicar sus lecturas y hacer comentarios que sirvieran de camino a las controversias que se suscitaban entre sus condiscípulos. Era el resultado del método con que ahora se estudiaba la filosofía en los cursos de don Ventura Marín, sin recurrir a la anticuada escuela peripatética, para acostumbrar a los alumnos a discurrir con entera independencia de las reglas de la dialéctica.

(Lo cuenta Zady Zañartu en su
diciones *Ercilla*. Santiago de Chile.
libro: *Lastarria, el hombre solo*. E-
1938).

EDITOR:
J. GARCIA MONGE
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscrición mensual: ₡ 2.00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El suelo es la única propiedad plena del hombre y tesoro común que a todos iguala, por lo que para la dicha de la persona y la calma pública, no se ha de ceder, ni fiar a otro, ni hipotecar jamás.—*José Martí.*

EXTERIOR:
EL SEMESTRE: $ 3.50
EL AÑO: $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre
Nueva York

El triunfo de Ana María O' Neill

Por PEDRO JUAN LABARTHE

= *Envío del autor.* San Juan de Puerto Rico, junio de 1938 =

Estamos entrando en la época nueva de dar en vida los merecidos honores a los hijos egregios de la patria. Antes tenían que pasar años y años bajo la tierra para sacarlos a la luz del reconocimiento. La costumbre de la iglesia. Cerciorarse de que el cadáver no se ha descompuesto para entonces declararlo santo.

Es, desde luego, a través de los años que se aprecia la obra que ha de perdurar. Entra entonces en el grupo de los clásicos o de los eternos, es decir, adaptable a todas las épocas. Fuente inagotable de sabiduría. Sólo los atletas se han visto coronados en vida y se han contemplado en estatuas. Si rompió el récord hasta su época, que se vea remunerado por la gloria en vida. Luego vendrán otros y otros y las pasadas glorias insuflarán ánimo a las futuras.

Pero no se trata de un atleta de arena, pero de un atleta en el campo del intelecto. Maratón filosófico. A él no se llegaron a romper récords sino a aportar algo nuevo en el campo del saber. Certamen abierto a los atletas dados a la filosofía. Arena en donde no se corre, pero en donde se va con sereno juicio, con aplomo, y tal vez el que más despacio vaya será el que se lleve el premio. Allí se observa la carrera del mundo.

Este certamen filosófico se celebró en una de las cuatro universidades más sobresalientes por su seriedad en los Estados Unidos. Son ellas: Columbia, Harvard, Northwestern y Stanford. Northwestern está en el centro de la nación. Es decir, Stanford está en la costa del Pacífico, Columbia y Harvard en la costa del Atlántico. Estando Northwestern en el centro, se hizo fuerza centrípeda y atrajo concurrentes de todas partes del país, y, no sólo del país en donde se celebraba el certamen, sino de otros países: del Canadá, de Sud América, de Europa y de Asia. Puerto Rico, el más pequeño de todos los que concurrieron, se llevó el premio. El premio no tiene precio por su valor material. Hay joyas a las que no se les puede poner valor en dólares y centavos, o acciones nobles que no se pueden reciprocar. Basta un apretón de manos, una honda satisfacción, un agradecimiento sincero.

¿Quién dió ese brillante honor a la isla de Puerto Rico? ¿Quién sacó a la isla de sus obscuridad filosfica e hizo saber que en ella había gentes que también se daban a la metafísica? Ana María O'Neill de Milán con su libro filosófico *La frontera intangible*. Hija de una linajuda casa con solar y título en Erín. Hija de una rancia prosapia de una de las casas más ilustres de Europa, de esas que se desprenden por el destino y van con su sabiduría encendiendo con un pabilo estrellas luminosas por el mundo. Así llegó la casa O'Neill a Puerto Rico para honra de nuestros lares. Para darnos fama internacional. Y son los hijos de esa casa tan boricuas como los que viven en los empenachados bohíos de nuestras montañas. Sin embargo, en la casa O'Neill se lleva la vida austera de las montañas que siempre han sido los más nobles de Erín. Encerrados en sus paredes, ya no arando la tierra pero arando el intelecto. Ambos cultivos son dorados y de ambos vive el mundo.



Ana María O'Neill
(Abril de 1938)

Pudiendo figurar en centros, los más exclusivos de la sociedad por su intachable moralidad y por su limpieza de sangre, no figuran en el ambiente del cocktail o del baile. Pero cuando se va a hacer recuento o recomendación intelectual figuran ellos, todos, en primera línea. ¡Oh prodigio de raza! Desde el honorable padre que insufla su ánimo de sabio hasta la más chica de la casa, pasando el hilo dorado del saber a los nietos.

Encerrados en bibliotecas. Dados al cultivo del estudio. El encierro voluntario tiene su zafra en granos de oro. Así, Ana María O'Neill. A raíz de la muerte de su ilustre progenitor, con la serenidad del filósofo que sabe resistir los dolores de la vida, los amargos tragos, esta sabia mujer se sienta y escribe una obra en treinta días, en un idioma que no es el suyo, en inglés. Entra en un certamen internacional por la convicción de su saber, por su seguridad, y gana el premio, la gloria.

Aquellos que hemos vivido fuera de la isla sabemos con qué desdén miran los poderosos extranjeros a la isla de Puerto Rico. La tendencia humana general es juzgar por el tamaño. Pero los jueces del certamen no eran pigmeos intelectuales, bastardos prejuiciados del intelecto, sino hombres grandes y como grandes juzgaron a una grande como ellos. Hicieron justicia.

Este triunfo tiene grandes valores psicológicos. Uno es el que matara de una vez para siempre el complejo de inferioridad de que sufre el portorriqueño. El no atreverse a hacer vida universal por la pequeñez del territorio. El premio de Ana María ha demostrado lo contrario.

El premio material de mil dólares nada significa. Es el valor espiritual. Ana María ha estudiado en su libro la ética desde Sócrates hasta Dewey ahondando en Cristo. Se atreve a criticar con hierros candentes la ética políticosocial de Roosevelt y Mussolini y la de Lenín. ¡Y luego dirán que las mujeres nada saben de esos problemas ejes de los pueblos! Las mujeres y, especialmente las portorriqueñas, deberán levantar en vida un monumento a esta gran mujer que las ha emancipado del tabú en donde estaban recluídas, pues por más que las pobrecitas se movían y se mueven, siempre las tienen en segundo puesto y sus juicios no son tomados en serio. De Hostos en América se adelantó para reconocer el talento y habilidad de la mujer. Pérez Galdós en España.

¿Cómo razona la sabia Ana María O'Neill? De manera lógica y humana. Jamás emite un juicio o juzga a nadie sin antes estar profundamente convencida. El cristianismo fluye por sus venas como la sangre. Tiene febril pasión por la verdad de los hechos como los griegos. Desgraciadamente en Puerto Rico hay poquísimas mujeres de su talento y la misma cantidad de hombres. Pero tiene que ser así. A los sabios hay que buscarlos con lámparas o con luceros. Mujer sencilla, encantadora en el trato, fiel y tierna, sensible y sensitiva. Es tan buena poetisa como filósofa. Pocos saben de ese otro matiz suyo. Sus poemas son cósmicos.

Ana María O'Neill ha dejado de ser portorriqueña y se ha hecho ciudadana universal. Es decir, digna de ser presidenta de la República de Puerto Rico.